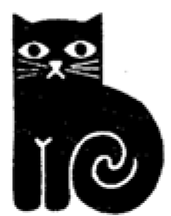
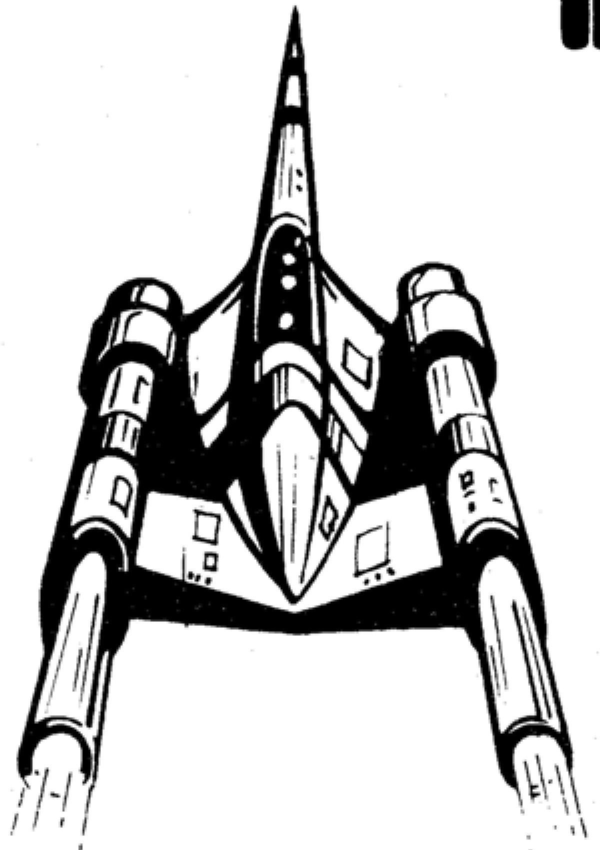

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
GANE 1 MILLON DE PESETAS
Kelltom McIntire
EL SINDROME LOVELOCK


LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
GANE 1 MILLON DE PESETAS
Kelltom McIntire
EL SINDROME LOVELOCK





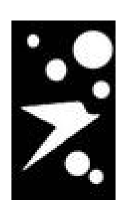
La conquista del ESPACIO

KELLTON McINTIRE

EL SÍNDROME LOVELOCK

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 738

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 5.695 - 1985

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: septiembre, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

CAPITULO PRIMERO

El día 10 de octubre de 1984, la policía de carreteras del estado de Nevada denunció un hecho singular, registrado en la Carretera Ochenta, a unas doce millas de la localidad deLovelock.

El insólito episodio tuvo lugar poco después de las cuatro de la tarde. Numerosos camiones de gran tonelaje, autocares de pasajeros y automóviles de turismo rodaban en aquel momento por la Carretera Ochenta, por lo que fueron testigos del suceso varios centenares de personas.

Según el informe policial, la tarde era fresca, pero lucía el sol y el cielo aparecía despejado.

De improvisto, la luz decreció y el firmamento se veló en pocos minutos. No había nubes, pero el cielo apareció cubierto de un color marrón oscuro que convirtió e! día en noche.

Los conductores de los numerosos vehículos que circulaban por la carretera se vieron forzados a encender las luces de sus vehículos e incluso así la visibilidad era nula. En aquel momento comenzó a caer algo del cielo. No era lluvia, ni tampoco nieve o granizo, sino una materia semejante a la gelatina, que caía blandamente y se adhería a las carrocerías y a los cristales de los vehículos.

Los limpiaparabrisas se atascaban tratando inútilmente de apartar aquella sustancia oscura. Varios vehículos, carentes de visibilidad sus conductores, se salieron de la autopista y volcaron aparatosamente.

Simultáneamente, se produjeron varios choques en cadena, aunque los accidentes revistieron escasa gravedad, puesto que los vehículos marchaban a pequeña velocidad. De todasformas, en los primeros minutos, y mientras continuaba la precipitación de materia viscosa, en aquel tramo de la Carrera Interestatal Ochenta se desató el caos.

Los agentes de tráfico que viajaban en varios auto-patrullas radiaron avisos de emergencia. Un helicóptero de la Central de Tráfico despegó del helipuerto de Lovelock para investigar el suceso, pero su piloto se vio obligado a tomar tierra urgentemente cuando la oscura y pegajosa lluvia amenazó derribarle.

La insólita precipitación duró unos diez minutos. Una gran extensión de terreno —más de trescientos kilómetros cuadrados, según la policía— quedó cubierto por la rara sustancia viscosa.

Temporalmente, la Carretera Ochenta quedó cerrada al tráfico en un tramo de unos veintidós kilómetros, en una zona situada al este de la Trinity Range o Cordillera de la Trinidad.

Centenares de vehículo todo terreno fueron enviados a la zona del siniestro, procedentes de Reno y Carson City. Helicópteros de la policía y del ejército colaboraron activamente en el salvamento de más de mil personas atrapadas a unas doce millas de la ciudad de Lovelock.

El incidente de la lluvia gelatinosa de Lovelock fue comunicado por varias emisoras de radio y cadenas de televisión, mientras las máquinas de obras públicas dejaban libre la carretera de la oscura masa de color marrón.

Sin embargo, otros sucesos de gran impacto ocurridos en las fechas siguientes colaboraron a que tal noticia perdiera actualidad y fuera rápidamente olvidada. Las elecciones a la presidencia de Estados Unidos entraban en su recta final y atraían por completo la atención de los ciudadanos.

Dos de las personas que vivieron las incidencia de la lluvia gelatinosa fueron el profesor Adam Curley, catedrático de Biología en la Universidad de Berkeley, y su hija Tuesday, pelirroja y atractiva joven de veintitrés años, profesora de Antropología en la misma Universidad.

Los Curley regresaban de gozar de un fin de semana en los bosques de Oregón y se dirigían a Los Ángeles en su automóvil cuando el cielo se cubrió repentinamente de un manto oscuro y comenzó la precipitación de materia viscosa.

El incidente de la lluvia de gelatina impresionó, sobre todo, a Tuesday Curley, que jamás había tenido la oportunidad de vivir una experiencia semejante.

Ambos colaboraron activamente a auxiliar a las víctimas de los numerosos accidentes de tráfico y a serenar a los más afectados psíquicamente por el fenómeno.

Antes de subir al helicóptero que los trasladaría a Reno. Tuesday tomó una muestra de gelatina, que guardó en una bolsa de plástico. Desde Reno los Curley continuaron el viajea Los Ángeles en un automóvil alquilado.

—¿Quéocurrió enrealidad,papá? —preguntó Tuesday apasionada.

—No lo sé. Tomé un poco de gelatina en mis dedos y la olí. No tenía ningún olor, pero estaba tibia al tacto. Algo sorprendente, si se tiene en cuenta que procedía del cielo y la tarde era muy fresca — respondió el profesor Curley.

Miró de reojo a su hija, que ocupaba el asiento de la derecha, sonrió y añadió:

—Hay muchos de esos fenómenos sin explicar, hija. Hace un par de años leí un libro de Charles Fort que se titula *El libro de los condenados.* Durante largos años, Fort se dedicó a recopilar extrañas noticias recogidas en los periódicos y revistas de reconocido prestigio. Según el libro de Fort, a finales del siglo xix se registraron numerosas precipitaciones de materias tan variadas como gelatina, maná, fieltro y otras sustancias no clasificadas. Muchos científicos renombrados tomaron muestras y analizaron las diferentes materias caídas del cielo en diversas épocas. Para tales científicos, siempre había una explicación racional a dichos fenómenos, pero Charles Fort ha profundizado en el tema. Se pregunta si muchas de esas extrañas «lluvias» no provienen en realidad del espacio exterior. Como veo que te apasiona el tema harías bien en leer *El libro de ¡os condenados,* de Charles Fort. Por mi parte, no pienso perder el tiempo niobsesionarme por este asunto. Las cosas inexplicables ocurren de cuando en cuando. Y punto — resolvió el profesor Curley.

Pero algunas fechas más tarde, ya en su domicilio de Glendale, Tuesday hizo una revelación a su padre.

—He observado la porción viscosa de gelatina al microscopio, papá. Hay células vivas dentro de esa materia.

—¿Célulasvivas?—seinteresó,asupesar,elbiólogo.

—Sí. Y yo me atrevería a asegurar que se desarrollan a velocidad fantástica a partir de ADN. Se han multiplicado en su propio medio espectacularmente y se agrupan en las características asociaciones de los seres vivos multicelulares —explicó Tuesday, radiante.

—Me gustaría verlo —respondió Curley, pensativo.

Se trasladaron ambos a la habitación que habían dedicado a laboratorio privado. Amantes, padre e hija, de la investigación, los dos pasaban muchas horas en aquel recinto, donde llevaban a cabo diversas experiencias, pruebas y estudios relacionados con la Biología y la Antropología. El pequeño laboratorio de los Curley estaba dotado de espaciosas estanterías en las que se alineaban, catalogados,

numerosos fósiles, pequeños fragmentos de cerámica e incluso algunos cráneos muy antiguos. También disponían de un refrigerador y un avanzado microscopio electrónico.

Tuesday sacó un tarro de cristal de un armario metálico, puso una muestra de gelatina marrón en un cristal de ensayo y lo situó en el microscopio.

—Ahílotienes—invitóamiraralprofesorCurley.

Despojándose de las gafas, Curley examinólamuestra.

—¡Fascinante! —exclamó a tos pocos segundos, sinceramente asombrado—. Como tú has dicho, los elementos están asociándose rápidamente entre sí. Pero a una velocidad un millón de veces de lo corriente.

Se contemplaron ambos, excitados.

—Lo que tardó millones de años en gestarse, está ocurriendo aquí a ojos vista, Tue. Habría que admitir que, si estas células siguen asociándose con tal rapidez, dentro de unos pocos días se habrán convertido en individuos multicelulares, en verdaderos seres vivos.

—¿Y después…? —preguntó Tue, ávida.

—Si creemos en la teoría de la evolución darwiniana, estas formas primitivas se convertirían en peces, en reptiles o anfibios. Después… ¡qué locura!, llegarían a su nivel superior de animales desarrollados, quizá de mamíferos. Pero no creo posible que ello suceda. Estos pre-organismos morirán.

Su acelerado desarrollo exigiría gran cantidad de sustanciasnutrientes.

—Ofrezcámosles los elementos necesarios para la nutrición. Tú eres un biólogo famoso, un erudito en la materia. Sabes cómo debes hacerlo. ¡Alimenta a esas formas primitivas de vida! —le animó su hija.

—¿Crees que debemos hacerlo? —respondió su padre, vacilante.

Tue lo desafió con la mirada.

—¿Qué te ocurre, papá, por qué dudas? ¿Acaso temes descubrir algo que ha permanecido oculto a los ojos de los investigadores hasta

hoy?

—Es posible —respondió el profesor Curley, dando muestras de inquietud.

Sin embargo, se inclinó y observó a través del microscopio sin disimular su ansiedad.

CAPITULOII

Había llovido mucho a mediados de octubre de 1984. Hecho insólito en las áridas, soledades de Nevada, donde las precipitaciones suelen ser tan escasas. Sin embargo, todavía lloviznaba sobre las pistas del aeropuerto de Reno cuando los Curley descendieron aquella tarde del B-747 que los había traído desde Los Ángeles.

En el vestíbulo de llegadas nacionales los aguardaba un hombre vulgar llamado Tomkins, agente de la compañía aseguradora de automóviles.

Tomkins le entregó las llaves del Cadillac del profesor Curley.

—Hemos dejado su coche impecable, profesor. Tras un escrupuloso lavado, el automóvil fue enviado a los talleres de reparación del concesionario de la marca en Reno, donde los mecánicos han sometido el vehículo a una revisión completa.

—Encontrarán el coche en la zona de aparcamiento —les indicó el servicial agente.

Adam Curley le dio las gracias y Tomkins se marchó. Poco después, los Curley se alejaban de Reno por la Carretera Ochenta, dirección a Lovelock.

Conducía el profesor, atento al fluido tráfico de la carretera. Tue encendió un cigarrillo y fumó con ansiedad.

—¿Y si se tratara de una verdadera invasión, papá? —pronunció ella la inquietante pregunta.

Curley rió, nervioso.

—¿Invasión? Vamos, vamos, Tue: tu fantasía se ha desbocado. Cierto que estamos entregados a una experiencia fascinante, pero de ahí a imaginar que se trate de una invasión va un abismo.

—Podría ocurrir —insistió ella, cómodamente recostada en el asiento graduable.

Dentro del automóvil, la temperatura era confortable, pero Tue bajó su ventanilla para que saliese el humo, y al instante penetró una ráfaga de viento helado.

Lo llovizna del aeropuerto de Reno, era ya agua nieve en la

autopista. Aún no se divisaban las cumbres de Trinity Range, pero Tue imaginaba que la montaña estaría cubierta de nieve, lo que le hacía cierta ilusión.

—Lainvasión—pronunció,reflexiva—.Podríaocurrir.

Su padre no respondió. Rodaban en pos de un gran tráiler y se disponía a adelantar. No lo hizo, sino cuando remontaron un cambio de rasante y gozó de la visibilidad necesaria. Rebasado el vehículo pesado, aflojó la marcha, viajando a unos noventa kilómetros por hora.

—La lluvia de gelatina procedía del espacio exterior, papá, es inútil negarlo. Una pasta marrón, ligera y viscosa que contenía ya el embrión de la vida.

—Sería una locura —murmuró el profesor.

—Pero está ahí. Hay que afrontarlo, mi querido biólogo. Tenemos unos doscientos seres vivos en tarros de cultivo. Parecen diminutos renacuajos, pero crecen constantemente y ya son visibles a simple vista, y vinieron del espacio.

—Sí... O, tal vez, una tromba arrancó la masa gelatinosa del fondo de un lago. Ha ocurrido otras veces.

—Pero la sustancia transportada no incluía células vivas en plena evolución —observó la joven pelirroja.

—Puede haber una explicación, sencilla, racional. La gelatina no llegó del espacio necesariamente —dijo Adam Curley.

Tue no parecía dispuesta a aceptar una explicación sencilla. Durante diez días, se había dedicado plenamente a observar los microorganismos alimentados por su padre. Y lo que había visto la mantenía en un estado de excitación latente.

—La muestra que recogí supone una porción ínfima de lo que cayó de las alturas —dijo ella, aplastando, nerviosa, el cigarrillo a medio fumar en un cenicero empotrable—. ¿Por qué si dudas, te has molestado en venir hasta aquí?

—La curiosidad —respondió el profesor—. Supongo que la lluvia habrá diluido y arrastrado la materia viscosa. Las células, faltas de alimento, habrán perecido, desaparecido por completo.

—La gelatina era un medio idóneo para favorecer la asociación de microorganismos multicelulares. Después...

—El desierto es árido, estéril. Carece de los elementos nutritivos indispensables para la evolución de las formas primitivas de vida — dijo Adam Curley, acariciándose instintivamente su canoso bigote.

—Ya veremos — respondió Tue, tenaz.

Poco a poco, la precipitación de aguanieve se convirtió en nevada. A las seis de la tarde, los Curley se alojaban en el motel Holiday Inn de Lovelock.

Como era demasiado tarde, cenaron, vieron a Mondale y a Reagan en la televisión y se acostaron temprano.

A la mañana siguiente, el cielo amaneció despejado, de un azul purísimo. Desde los ventanales del motel se divisaban los picos nevados de Trinity Range.

En la estación de servicio, un hábil mecánico colocó cadenas a los neumáticos del Cadillac. Después de gozar de un abundante desayuno en la cafetería próxima, emprendieron el viaje hacia el Norte.

A las diez de la mañana se encontraban en el lugar justo donde se había producido, diez días tras, la lluvia de gelatina. El paraje estaba nevado: no quedaban rastros de la masa pegajosa y parduzca que había cubierto aquellas soledades.

—¿Lo ves, Tue? ¡Todo desapareció! —exclamó el profesor Curley.

—Déjame conducir un rato —pidió su hija—. Vamos a seguir adelante.

Cambiaron de puestos y Tue condujo durante unos minutos. Al llegar al próximo cruce se desvió y continuó por una carretera secundaria, solitaria. Atravesaron un puente sobre elrioBluemineyelvehículo seapartódelacarretera.

El cauce del Bluemine River estaba normalmente seco durante gran parte del año. Pero ahora, tas las copiosas lluvias, la corriente se deslizaba rápida lamiendo las estribaciones de la montaña.

Tue bajó del coche, bien abrigada en un chaquetón depiel forrado interiormente de borreguillo, y caminó ágilmente hacia la orilla del río. Siguió por el borde y se detuvo en un remanso. Observaba las

aguas claras con atención concentrada.

Al fin, se agachó y sacó un tarro de cristal que llenó de agua del río. Lo examinó brevemente y regresó aprisa hacia el coche, donde la esperaba su padre, abstraído en la contemplación de las distantes cumbres nevadas.

—Esto es el anuncio de la invasión —anunció Tue, mostrando al profesor Curley los diminutos cuerpos que se movían dentro del tarro —. El Bluemine está infectado de ellos. Los hay por millones, por trillones... ¡Fíjate! Es una muestra tomada al azar: hay más de treinta individuos dentro de este tarro, de apenas un cuarto de litro. ¡Y están tan desarrollados como los nuestros!

El profesor examinó con atención el contenido del tarro. Pequeños cuerpos de cinco milímetros de longitud, semejantes a diminutos renacuajos se movían activamente en el agua, ligeramente turbia, que contenía el recipiente.

Eran seres amorfos, como despreciables burbujas translúcidas. Pero Curley había observado al microscopio otros individuos idénticos. Y no se trataba de renacuajos, sino de seres mil veces más sofisticados y completos.

—¡Dios mío! —murmuró, pálido el semblante—. Esto supone una verdadera catástrofe.

Tue rodeó el automóvil, abrió la puerta y tomó su paquete de cigarrillos del guantero. Encendió uno y fumó con fruición.

—Tanto como catástrofe... —sonrió, indecisa—, Pero sí me parece un problema considerable. Incluso... Bueno, creo que deberías informar a las autoridades académicas y, finalmente a la Presidencia.

Adam Curley dejó el tarro sobre el capot del coche, como si el ligero recipiente abrasara sus dedos.

—¿Informar? ¡Ni lo pienses! ¿Olvidas el escándalo en que me vi inmerso por aquellas declaraciones a partir de mis experimentos sobre la génesis artificial de la célula? Los científicos más avanzados y progresistas me llamaron fanático é iconoclasta, los medios de comunicación me acosaron, los profesionales me hicieron el vacío. Fue... porque conseguí crearuna célula a partir de elementos simples. Casi me arruiné, Tue, tú lo sabes, aunque apenas eras una niña. No quiero vivir una experiencia igual. Si explicase claramente lo que está ocurriendo, sería mi ruina profesional definitiva. Escucha, hija, tengo

cincuenta y cuatro años. No me apetecen las aventuras.

—¡A mí, sí! —declaró Tue, con fervor—. Está ocurriendo algo que puede alterar drásticamente la vida sobre nuestro planeta. No podemos permanecer al margen, como simples observadores. Ahora... Bien, papá, todavía estamos a tiempo. Quizá dejemos pasar unos días y... será tarde.

Curley inició un corto paseo a lo largo de una hilera de pinabetos. De repente se volvió y encaró a su hija. Su semblante estaba descompuesto.

—¿Qué podemos comunicar? ¿Que un mundo feroz, desconocido, alienígena se dispone a conquistar nuestro planeta? ¿Que hemos descubierto un fenómeno de evolución vertiginosa? ¿Que el mundo se ha trastocado? —exclamó, gesticulando exageradamente con ademanes muy nerviosos.

Tue se acercó a él, le tomó cariñosamente por las manos y lo besó en la mejilla.

—Cálmate, papá —pronunció con voz cálida y amistosa—. Si esto supone un peligro a escala mundial, y eso me temo, habremos de hacerle frente. No tendrás que hacer declaraciones sensacionales ni enviar comunicaciones a la élite académica. Yo tengo otra solución. Me pondré en contacto con Theo Hangsting.

—¿Hangsting? ¿El periodista que estuvo a punto de arruinarme hace unos años? —Curley se desasió violentamente de su hija—. ¡Ese tipo, ese gusarapo, esa lombriz despreciable, esa sanguijuela implacable...!

Tue soportó como pudo la explosión temperamental de su padre. Cuando al profesor Curley se le terminaron los calificativos despectivos, Tue sonrió.

—Voy a tenderle una trampa a Hangsting —susurró con una chispa de malignidad brillando en sus ojos violetas—. Le ofreceré un cebo sustancioso. El desenredará la madeja, se sentirá más y más excitado, olerá la presa, publicará... Si hay escándalo, él será el responsable. Será nuestra venganza,padre. Él te perjudicó desde las páginas del *Herald.* Ahora tenemos nuestra oportunidad.

El profesor se iba animando a medida que escuchaba a su hija. Poco a poco, sus ojos cobraban brillo y sus nervios se relajaban.

—¡Sí! Sería hermoso hacer morder el polvo a ese «podenco de la noticia», como gusta autonombrarse. Pero Hangsting es un tipo correoso, desconfiado. ¿Crees que conseguirás engañarlo? — preguntó.

—¡Absolutamente segura! —respondió Tue, risueña.

Regresaron hacia el Cadillac. Tue cogió el tarro de encima del capot y se situó tras el volante.

—Déjame conducir, papá. Tomaremos otras muestras por el camino. Así podremos evaluar el alcance de la contaminación. Y regresaremos a Los Ángeles. Estoy deseando entrevistarme con Theo Hangsting —afirmó.

CAPITULOIII

Con paso decidido, Tuesday Curley atravesó la enorme sala de redacción del *Herald.* Zumbaban los teletipos, ardía la calefacción y unas ochenta personas se afanaban sobre sus mesas de trabajo.

Tue habló un momento con una mujer de cabellos pajizos, le entregó una tarjeta y esperó. La mujer guardó prudentemente en un cajón una tira de papel impresa al teletipo y se alejó contoneando las excesivas caderas hacia el final de la gran sala donde bullían los redactores del periódico.

Volvió la rubia teñida de las anchas caderas y le señaló una puerta al final del local ruidoso.

—Entre allí. Probablemente, Hangsting la recibirá. Tenga cuidado. Está rabioso. Está bajo los efectos de la andropausia. Ayer cumplió cuarenta años —comentó con una sonrisa cáustica.

Era casi lujoso, aunque deliberadamente funcional, el despacho de Theo Hangsting. La mesa era de nogal, los tres sillones muy cómodos y amplios, una pequeña biblioteca, una litografía de Dalí, una maceta con helechos sobre un pedestal de bronce, un pequeño armario de teka y un reloj-almanaque digital sobre la mesa. Un cigarrillo rubio —larguísimo— humeaba en un cenicero de cristal.

Hangsting era delgado, fibroso, zanquilargo, descuidado, vital. Cabellos lacios, rebeldes sobre la frente -amplia, osos oscuros, vivarachos e inquisidores, ávidos, facciones angulosas. Vestía un jersey de gruesa lana gris, bajo el que se veía una mínima porción de corbata roja. El pantalón era de *tweed* claro. Usaba unos cómodos zapatos «hushpuppies».

Parecía un hombre muy frío y cauteloso cuando murmuró al teléfono que mantenía junto a la oreja izquierda: «Te llamaré más tarde.» Colgó con cuidado, como si el aparato estuviese fabricado en finísimo y frágil cristal. Y observó a Tue. Ella dijo innecesariamente:

—Soy Tue Curley.

Y la sonrisa de Hangsting fue como si sus glándulas gástricas acabasen de inundar de ácido clorhídrico su castigado estómago.

—Siéntese, señorita Curie —dijo. Y en la invitación iba implícito un reconocimiento de la persona. Dio una chupada al cigarrillo y dijo—:

La recuerdo. Era entonces una muchacha delgada, áspera y desgarbada. Estaba estudiando Económicas...

—Antropología —fe corrigió Tue, sonriendo amablemente.

—Y ahora se ha convertido en una mujer muy atractiva —dijo él, dirigiendo una aburrida mirada a través del amplio ventanal desde el que se divisaba un amplio y animado *boulevard.*

Elfingiódedicarleunaatenciónamable,perobreve.

—Señorita Curley, es tarde para la venganza. Han transcurrido seis años desde aquellas declaraciones de su padre. Si ha venido a clavarme un puñal... —rió entre dientes y abrió los brazos como víctima propiciatoria. Pero estaba atento, como animal montaraz y receloso que no se entrega jamás.

—¿Quién recuerda viejas historias pasadas? —exclamóella, ahuecando con un además maquinal su espléndida cabellera roja—. Vengo a ofrecerle una exclusiva. Naturalmente, quiero una cantidad de dinero a cambio.

Con su sonrisa de hiena, Theo Hangsting desveló un, par de hileras de dientes fuertes, regulares y saludables. «Al menos, este buitre se ocupa de su higiene dental», pensó la hija del profesor Curley, mientras cruzaba sus largas piernas cuidadosamente. No le pasó por alto que el periodista siguió su movimiento con una rápida y apreciativa mirada.

— Vivimos tiempos difíciles, señorita Curley. Nadie da dinero por nada. ¿De qué se trata?

—Diez de octubre pasado. Una noticia procedente de Lovelock, Nevada. Hubo una... —empezó a decir ella.

—Precipitación de gelatina parduzca a unas doce millasde Lovelock. Eran las cuatro de la tarde. Un velo de color marrón convirtió el día en noche en pocos minutos. Cayó una gran cantidad de una materia blanda, viscosa, de color marrón, sobre una gran área. Más de cien vehículos quedaron atrapados. Hubo colisiones en cadena, con heridos. La precipitación duró diez minutos. Posteriormente llovió copiosamente —relató el periodista como alumno que se sabe su lección de memoria.

—¿Tienen un microscopio aquí? —le atajó la bella pelirroja.

—¿Un microscopio? —si Hangsting estaba sorprendido, su actitud no lo reflejó—. Los de la sección de Medio Ambiente tienen una serie de artilugios en una pequeña habitación. Venga.

Salió apresuradamente, casi rozando a Tue. Era alto y desgarbado, pero poseía los movimientos de un felino. Ella salió de la habitación y le siguió a toda prisa.

Cruzaron la sala de redacción y Hangsting empujó una puerta. No le cedió el paso, pero le permitió pasar. Se encontraban en un pequeño cubículo de tres metros por tres, dotada de una mesa de madera con quemaduras de cigarrillos, un armario blanco como los de los hospitales, una ventana cerrada con una persiana de plástico y un flexo. Hangsting abrió el armario de un tirón y sacó un microscopio rudimentario.

—¿Qué es lo que hay que ver? —preguntó, impasible.

Tue abrió su bolso y sacó un pequeño frasco y una cubeta de cristal. Vertió un poco de agua en el plato, lo colocó bajo el tubo del microscopio, graduó las lentes, observo durante unos instantes y se volvió hacia el periodista.

—Mire eso —dijo.

Receloso, Hangsting se acercó a la mesa, se alisó maquinalmente los cabellos y miró. Permaneció en aquella postura no menos de treinta segundos, tiempo que empleo en fruncir sus facciones angulosas en nerviosos visajes y en murmurar algo ininteligible entre dientes.

Bruscamente, se irguió.

—¿Qué diablos es eso? Parece…

Con un movimiento preciso, Tue vació la diminuta cubeta en el frasco, lo cerró y lo guardó en su bolso. Todo ello en un santiamén.

—¿Qué es? —preguntó el periodista, impaciente.

—Usted lo ha visto con toda claridad. Yo puedo ofrecerle una oportunidad única en su vida. ¿Le interesa?

Hangsting exhaló un resoplido:

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares ahora. Veinte mil más, una vez esté convencido de que este asunto vale la pena. Si accede, quiero un documento por escrito, un documento legal —respondió Tue, serenamente.

Nervioso, el periodista devolvió el microscopio al armario metálico esmaltado en blanco.

—No me fío. Usted tiene un motivo de resquemor contra mí. Aquel viejo asunto de la génesis artificial de la célula, ya sabe. Creo que está tratando de tenderme una trampa —barbotó el hombre.

«Clarividente», pesó Tue. Pero sabía que había logrado despertar la curiosidad del *Podenco de la Noticia.*

—Está bien. Hablaré con otra persona —decidió ella, dirigiéndose a la puerta del cuartucho.

Hangsting la tomó impulsivamente por un brazo, impidiéndole la salida. Sus cabellos, eternamente desordenados, exhalaban un leve aroma a gel caro.

—Salgamos y hablemos con calma, mientras tomamos una copa. Tengo que mirar con detenimiento lo que guarda en ese tarro de cristal. ¿Está de acuerdo? —ofreció él, taladrándola con la mirada.

—No quiero perder mucho tiempo. Sé que estoy en posesión de un asunto sensacional. Sensacional, no sensacionalista. Y quiero sacarle mi parte.

—¡Venga, venga conmigo!

Hangsting atravesó la sala de redacción, penetró en su despacho como un huracán y cogió su americana del armario. Con la fiebre de un iluminado, tomó a miss Curley de un brazo y la arrastró hasta la planta de ascensores. Descendieron al garaje y el hombre preguntó:

—¿Ha traído su coche?

—No. Utilicé un taxi —respondió Tue.

—¡Sígame! —Hangsting caminaba de perfil por el angosto pasillo que dejaban libres las apretadas hileras de vehículos—. Tengo aquí mi coche. Debe estar por algún lado. Nunca sé dónde lo dejo.

Gruñía sordamente como un verdadero podenco, mientras remolcaba a miss Curley entre los coches. Finalmente se detuvo ante

un precioso Porche-Turbo color cobre.

Se acomodaron en el vehículo y Hangsting condujo como un loco a través de la ciudad. Quince minutos después frenaba bruscamente y descendía del coche. Sé encontraban ante la fachada de estilo colonial de la posada Inn, uno de los restaurantes más caros de Los Ángeles.

Sentados frente a frente a una mesa, en medio de la cual un camarero acababa de depositar dos martinis secos, el periodista encendió uno de sus largos cigarrillos de lujo y taladró a Tue de una mirada.

—Y ahora, dígame la verdad, Wednesday—exigió.

—Mi nombre es Tuesday —replicó ella, irritada—. Y no hay más verdad que cinco mil dólares ahora y veinte mil más tarde.

—¿De dónde sacó esos bichitos?

—Del río Bluemine, cerca de Lovelock. Todos los ríos y lagos de aquella zona están infestados de ellos. Hace diez días eran apenas unas células que comenzaban a asociarse. Ahora...

—Son una especie de diminutos monstruos antropomórficos, ya lo he visto — la interrumpió él, tajante—. ¿Y dice que toda aquella zona está contaminada de esos... bichejos?

—No son unos bichejos cualesquiera. A estas alturas, se trata de animales perfectamente constituidos. Y crecen a una velocidad increíble — fe rectificó Tue Curley.

Hangsting se incorporó vivamente.

—Pida otros martinis. Yo invito. La dejaré un momento para hacer una llamada telefónica —ya se marchaba, cuando se volvió y apoyó familiarmente una mano en el hombro de la mujer—. ¿Tiene unas fotos ampliadas de esas sabandijas?

Por toda respuesta, Tue sacó de su bolso un fajo de brillantes cartulinas, que entregó al periodista. Hangsting echó unaojeadaalasfotos,fingióunrepeluznoysealejó.

Cinco minutos más tarde estaba de vuelta. Bebió su martini de un trago y sacó un talonario de cheques. Con movimientos rápidos y eficientes rellenó y firmó un talón por cinco mil dólares, que puso en la mesa, al alcance de la mano de la pelirroja. Tue se lo guardó en un

billetero sin doblarlo.

—Extienda un documento comprometiéndose a entregarme otros veinte mil dólares cuando haya publicado los tres primeros reportajes en su periódico —exigió la señorita Curley, sosteniéndole la mirada.

A regañadientes, Hangsting hizo lo que ella le pedía. Se lo entregó y dijo:

—Ahora termine su martini y dispóngase a viajar hasta Lovelock, Nevada. Si me ha gastado una broma, se arrepentirá mil veces, señorita Tuesday Curley.

CAPITULOIV

El pescador se los quedó mirando cuando la pareja descendió del Porche. Ellos caminaron a buen paso hacia la orilla del lago, sacaron unos frascos de una bolsa y los llenaron de agua.

Atónito, el pescador estudió todos sus movimientos. Cuando se marchaban les gritó:

—¡Eh,ustedes!¿Sondel servicio de Medio Ambiente?

—No — respondióHangsting—.¿Por quélopregunta?

—Quiero quejarme. Este lago era abundante en pesca, hace apenas un mes. Ahora no queda un solo pececillo. Llevo aquí desde la mañana y aún no me he estrenado. ¿Seguro que no son funcionarios del Medio Ambiente? —insistió el frustrado pescador, receloso—. ¡Estoy dispuesto a entregar una queja! Han debido contaminar las aguas del río Bluemine.

—Tiene toda la razón para quejarse, amigo mío. Hágalo —le recomendó el periodista, encogiéndose de hombros, indiferente.

El hombrecillo siguió con la mirada al hombre y la mujer hasta que ambos se introdujeron en el automóvil deportivo color cobre.

—¡Chiflados! —barbotó. Y colocó pacientemente una nueva carnada en el anzuelo.

Dentro del coche, Theo Hangsting examinaba con una lupa los cuerpecillos que se movían constantemente dentro de un tarro.

—Estos miden casi un centímetro —murmuró, asombrado—. Pero son idénticos a los que me mostró.

—Y exactamente iguales a los que hemos recogido del río Bluemine y de otra docena de lagunas, arroyos y. charcas —asintió Tue—. Los hay por todas partes, hasta en el más pequeño charco. Y crecen sin cesar.

Encendió un cigarrillo para disimular su inquietud interior.

—¿Cree que este asunto vale realmente veinticinco mil dólares, lo cree ahora? — preguntó a Hangsting.

—Evidentemente —respondió el periodista.

Puso el motor en marcha y rodó a velocidad suicida por el camino. Poco después estaban en la carretera, de regreso a Reno, donde un avión de carga fletado por el *Herald* les había dejado a mediodía.

* * *

El teléfono zumbó por enésima vez en el apartamento de Ronald Winterman, director del diario *Herald.* Una mujer llenita y con los cabellos llenos de rulos penetró en la alcoba de Winterman.

—Tendrás que atender el teléfono ahora, Ron —dijo su esposa—. Esta vez es el gobernador del Estado en persona.

—¡Oh, no! Se entiende que si tengo un horrible dolor de muelas, tanto me da que sea el mismo Presidente —respondió Winterman, sosteniéndose el carrillo derecho con la mano del mismo lado. Lo tenía muy abultado y enrojecido. Debía tratarse de un flemón.

Lorna, su mujer, sabía cuan irritante podía volverse Winterman cuando padecía de las muelas. El dolor debía ser muy intenso, pues Ron había vuelto del periódico a las nueve, mucho antes del cierre.

—¿Lo conoces o cuelgo? —consultó ella, sosteniendo el aparato entre ambas manos.

Winterman le ordenó que lo enchufase con un gesto perentorio. Descolgó y balbuceó:

—Ron Winterman al habla. ¿Eres tú, Steve?

—Soy yo, en efecto. Hace diez minutos que trato de comunicar contigo. ¿Qué te ocurre exactamente, Ron?

—Tengo un flemón en la encía del tamaño de un cacahuete. Me vi obligado a abandonar el periódico antes del cierre. Apenas puedo soportar el dolor.

—Lo siento, amigo mío, pero tengo en mis manos una «patata caliente» para ti. Hay un loco llamado Hangsting en la televisión. Lleva un cuarto de hora asustando a los telespectadores con sus truculencias de ficción y sus fotos trucadas. Quiero saber qué se propone ese tipo. Según tengo entendido, Hangsting pertenece a tu

periódico. La edición de la tarde incluye un amplio reportaje de esa sabandija, además. Sobre el mismo tema. Unos bichitos llegados del espacio que se desarrollan a velocidad de vértigo. ¿Y sabes cuál es el resultado. Ron? Miles de llamadas telefónicas a las comisarías, a los cuarteles de bomberos, al FBI, al Ejército de Salvación. Ese lo de Hangsting ha conseguido mayor impacto con su relato, que Orson Welles cuando contó en la radio que la Tierra era invadida por alienígenas. Resumiendo: a menos que yo, Steve Wallace, gobernador del estado de California, reciba en seguida una explicación convincente, ordenaré a los de la NBC que interrumpan el programa, secuestraré la edición vespertina del *Herald* y detendré á Hangsting. ¿Qué sabes tú al respecto,. Ron? —inquirió Wallace con un trémolo peligroso en la voz.

A Winterman, el agudo dolor de su flemón le impedía concentrar sus pensamientos.

— Espera, por favor. Déjame recordar, Steve… Theo Hangsting me dijo algo acerca de una serie sensacional de reportajes, pero no me dijo que aparecería en televisión. Era algo relacionado con un hecho insólito ocurrido en Nevada, una precipitación de una sustancia gelatinosa o algo semejante. Hangsting me pidió autorización para viajar a Lovelock. en Nevada. Lamentablemente, mi flemón me impidió supervisar la edición vespertinadel periódico. Sin embargo, Hangsting no suele equivocarse. Es un hombre agresivo e incisivo, excesivamente ácido en sus críticas, en ocasiones, pero honrado. ¿Quieres que intente comunicarme con él, preguntar…?

—¡No! Yo me ocuparé de eso —respondió el gobernador Wallace. Y colgó.

Ron Winterman arrojó el teléfono sobre el lecho y gritó a su mujer:

—¡Lorna! ¡Pon el canal de noticias de la NBC! Me temo que Hangsting nos ha metido a todos en un tremendo lío.

* * *

El teléfono volvió a sonar en el apartamento de Winterman pasada la medianoche. El director del *Herald* se había tragado media docena de analgésicos y al fin había conseguido conciliar el sueño. Pero el dolor de su flemón volvió en cuanto despertó.

Descolgó, malhumorado, ante la mirada atenta de su esposa. Escuchó:

—Buenas noches, jefe. ¿Qué tal ese dolor de muelas? Me hablaron de ello en la redacción. Por cierto, ¿viste mi actuación en el canal dé noticias de la NBC? Una primicia sinparangón en la historia del periodismo.

—¡¡Hangsting!! —aulló Winterman—. ¡Maldita sea tu alma! ¿En qué clase de lío me has metido? Me llamó el gobernador Wallace, Estaba como loco, por tu actuación en la televisión. La policía ha retirado la segunda edición del *Herald,* interrumpieron tu maldito, programa... ¿Cómo es que estás vivo todavía? ¿Desde dónde me llamas?

—Tranquilo, tranquilo, jefe. Es cierto que cortaron el pro grama de televisión a la mitad, que han retirado cien mil ejemplares de la reimpresión de nuestro periódico, pero ya se había vendido más de un millón, ¿comprendes? ¿Cuándo ha vendido un millón de ejemplares el *Herald?* Y eso sin contar con la edición especial aérea, prácticamente en mano de los suscriptores.¿Aúndudasdeléxito demitrabajo.Ron?

Winterman tapó el micrófono con la mano, pronunció un redondo taco bebió un trago de whisky de la botella que tenía en la mesilla de noche y dedicó nuevamente su atención a Hangsting.

—...verdad que cortaron el programa y me detuvieron. Eran agentes de la Seguridad del Estado. Me interrogaron. Yo les entregué las pruebas de quenoestaba inventando nada: un tarro lleno de bichitos y unas fotografías auténticas. Me retuvieron media hora mientras consultaban con las jerarquías. Al cabo me soltaron. Me han advertido que el tema es tabú: censurado por la seguridad del Estado. Desmentirán oficialmente lo que escribí en el *Herald* y simularán que mi intervención en televisión se incluía en un programa de ficción. Pero la noticia está en la calle. Según sé, hay centenares de periodistas y curiosos camino de la Trinity Range. Oí por azar lo que hablaban entre sí dos policías. Al parecer, habían recibido un informe de la Administración de Parques Nacionales. La pesca se ha agotado o desaparecido repentinamente de los ríos y lagos situados al noroeste del estado de Nevada. Está ocurriendo algo, Ron. Algo muy grave. Y, por tanto, de indudable interés periodístico. Por el momento, el asunto es tabú, pero yo pienso seguir trabajando en este asunto. Un millón de ejemplares, Ron. ¡Recuérdalo!

Hangsting dejó dehablar uninstante.Y al momento:

—¿Cómo va tu dolor de muelas, Ron?

Winterman parpadeó. Tanteó su encía con la punta de la lengua. Con delicadeza, con precaución infinita. Y advirtió, pasmado de asombro, que el flemón había dejado de latir, que no le dolía en absoluto.

¿El efecto milagroso del whisky, quizá? Por si acaso, tomó la botella y bebió un segundo trago, aunque procurando que el licor penetrara suavemente en su boca.

Y luego dijo con voz reconcentrada, entornando los ojos:

—Tienes suerte, Theo, una enorme suerte. Pensaba despedirte mañana mismo. Arrojarte a la basura como a un papel arrugado,manchado e inservible,pero no voyahacerlo.

—Ya lo sabía — respondió Hangsting.

—Jmmm. Pero ten cuidado, Theo. Esas pisando un terreno resbaladizo. Tanto como la gelatina que cayó cerca de Lovelock. Investiga, sigue con la oreja alerta, pero no vuelvas a la televisión sin previo aviso. Y no publiques nada acerca de ese maldito asunto. Ve reuniendo información, documentos, pruebas. En cuanto se levante la veda, sacaremos el asunto a la luz, con pelos y señales. ¿Entendido?

—*Okay.* Buenas noches, Ron. Saludos a Lorna. Por cierto,aúnnomehas dicho cómo vatudolor demuelas.

La comunicación se cortó bruscamente. Winterman sonreía, mientras chupaba golosamente del gollete de la botella. Su esposa se había dormido.

CAPITULOV

Había numerosos vehículos auto-patrullas en el tramo de carretera comprendido entre Lovelock y Winnemmuca. Los agentes permitían circular a los automóviles en ambas direcciones e incluso desviarse hacia el este, pero estaba prohibido virar al oeste, es decir, hacia Trinity Range y el río Bluemine y la zona de los lagos. Había dos coches de la policía en cada desvío. Algunos agentes empuñaban metralletas.

—Demasiadas precauciones —murmuró Theo Hangsting, mirando de reojo a Tuesday Curley—. ¿Crees que existe peligro hacia el oeste?

—Han nombrado una comisión investigadora, compuesta por autoridades estatales y prestigiosos científicos. Mi padre recibió una invitación para formar parte de esa comisión, pero se negó amablemente. Supongo que ahora están recorriendo los ríos, lagos y lagunas, recogiendo muestras. Tal vez decidan envenenar las aguas. Acabo de recibir cierta información que parece confirmarlo —afirmó Tue, pensativa—. Llamé a la central hidroeléctrica de Winnadocka, simulando interesarme por las posibilidades de pesca en el pantano situado aguas abajo. Me dijeron que era imposible. Arguyeron que están reparando una importante avería en las turbinas, pero imagino que recibieron instrucciones tajantes desde arriba. La presa está cerrada y la central no funciona.

—¿Y qué significa eso? —preguntó el periodista.

—Tratan de impedir que escapen las aguas y contaminen el curso inferior, está claro.

A veinte millas de Winnemmuca, Hangsting descubrió uncamino de tierra apisonada que se desviaba hacia la montaña. No había vigilancia policial allí, ni se divisaba ningún auto-patrulla en la carretera. Sin pensárselo dos veces Theo giró hacia la derecha y tomó la curva en dos ruedas.

—¡Dios nos proteja! —exclamó la joven, aterrada—. ¡Eres un pésimo conductor, Hangsting! Pondrías los pelos de punta a la misma Nefertiti.

Theo rió, satisfecho.

—Soy mal conductor, pero siempre llego a tiempo —replicó.

Rodaron por un trecho relativamente llano. Luego el camino ascendió hacia las estribaciones septentrionales de Trinity Range y escaló hasta las cumbres. Theo detuvo su Porche en lo alto de la colina situada a mil doscientos metros de altitud.

Saltó del cocho y atisbó hacia abajo a través de unos prismáticos japoneses. Sus músculos faciales se tensaron en actitud de profunda concentración.

—Desde aquí se divisa el lago Cariboo. Veo una motora que recorre las aguas... ¡Espera! ¡Están rociando la superficie del lago con chorros de un líquido blanquecino! ¡Mira! —sugirió, poniendo el aparato óptico en manos de Tuesday.

En efecto, una embarcación del servicio forestal hendía el lago Cariboo. La motora llevaba a popa cuatro fumigadores que regaban una gran franja de agua con un líquido blanquecino, atomizado.

—Van a terminar con todos los bichejos, querida —sonrió Hangsting—. Trataré de obtener unas fotos.

Buscó dentro del coche y volvió con una magnífica cámara fotográfica dotada de un potente teleobjetivo. Theo midió la luz solar y la distancia y graduó la cámara. Durante diez minutos estuvo tomando numerosas fotos del lago Cariboo y de la lancha del servicio forestal.

—Volvamos al coche y sigamos un poco más adelante —propuso el periodista, excitado—. No veo a nadie por los alrededores que pueda impedirnos curiosear.

A medida que el coche escavaba las cumbres, el camino iba tornándose más y más dificultoso. Los neumáticos del automóvil deportivo rebotaban sobre los guijos, que salíancomobalasyseestrellabansecamentecontralasmoles rocosas.

Súbitamente desembocaron en un valle angosto. Densos bosques de pinos cubrían las laderas y allá, al fondo, se veía brillar la lámina quieta de una laguna de montaña, alimentada por una cascada rumorosa que se despeñaba de un roquedal granítico.

Theo aflojó la marcha, pues el camino se había convertido en vereda y apenas permitía el paso del vehículo.

—Bajemos a echar una ojeada. Espléndido panorama, ¿no es cierto? —exclamó el periodista.

Bajaron y caminaron por el borde de la laguna profunda y de aguas verdosas. Súbitamente ocurrió algo que los dejó paralizados: un recental de cabra lanuda de las Rocosas brotó de entre los arbustos y saltó, asustado, de roca en roca, al borde del lago. Era un cabrito blanco como la nieve, ágil y gracioso, que ambos contemplaron admirados. Pero el recental perdió el equilibrio y cayó al agua.

Desesperadamente, el animalito intentó volver a la orilla, demasiado alta para sus fuerzas. Fue entonces, cuando Tuesday se inclinaba deseosa de ayudar al recental, que las aguas bulleron violentamente alrededor del cabrito. Surgió fugazmente una cabeza escamosa, semejante a la de una gran tortuga. Las fauces se cerraron sobre el cuello del recental y brotó un chorro de sangre.

Al instante, docenas de las criaturas que bullían en la laguna arrastraron el cuerpo del cabrito hasta las profundidades. A los pocos minutos, la laguna volvía a quedar tranquila Una mancha rojiza se extendía en la superficie.

Theo llegó en ese momento junto a Tuesday y la separó de la orilla con un violento tirón.

—¡Cuidado! ¡Podrías caer y...! —exclamó él, descoloridas . las facciones.

También ella se había demudado.

—¿Has visto, has visto? —murmuró, despavorida—. ¡Dios todopoderoso!Sehandesarrolladodeformaincreíble...

—Sí —asintió él, jadeante—. Ya no son inofensivos y repugnantes bichitos, sino bestias sedientas de pitanza. Vámonos de aquí, Tue. Esperemos que los servicios forestales terminen con esta plaga.

Tuesday se dejó llevar hasta el coche, abrazada por Hangsting. Se acomodaron en el coche y Theo maniobró con precaución para dar la vuelta.

—Aprisa —murmuró ella, apretadas las mandíbulas—. Debo volver inmediatamente a Los Ángeles.

Hangsting la interrogó con la mirada, pero Tuesday no añadió ningún comentario. Durante el largo camino hasta Reno permaneció silenciosa y hermética, encerrada en sus inquietantes pensamientos.

* * *

El profesor Curley se sirvió un chorro de brandy en una copa napoleón y atascó cuidadosamente su cachimba de brezo. Encendió el tabaco con parsimonia, probó un sorbo de licor y miró a su hija, que aguardaba expectante.

—¿Y bien, papá?

—Los hice desaparecer, hace varios días. Medían ya ocho centímetros de longitud y parecían evolucionar hacia reptiles. Tuve miedo y… los dejé morir —pronunció mientras contemplaba las llamas del hogar a través del licor ambarino de su copa—.No debespreocupartemásporese asunto,Tue.

Ella dejó escapar un suspiro quedo.

—Creo que has hecho bien… después de la experiencia compartida con Hangsting en la montaña. Fue horrible, papá. Esas criaturas han crecido hasta el tamaño de un gran lagarto y son terriblemente voraces. ¡Ojalá logren exterminarlas! Antes de que…

—¿Antes de que sigan creciendo? —exclamó el profesor Curley, forzando una sonrisa que intentaba disimular su zozobra interior—. ¡Por supuesto que sí! ¿No dices que están fumigando los lagos, lagunas y ríos? Probablemente, utilizarán un veneno de efecto instantáneo. Más tarde, cuando esta pesadilla haya pasado, las aguas se depurarán en pocos meses y los servicios estatales repoblarán aquellas aguas. Todo volverá a ser como antes. Ten confianza, hija.

Tue sonrió, animosa. Pero no consiguió arrojar de sí la íntima inquietud que la desazonaba.

Transcurrió una semana. Fuera de su trabajo en la Universidad, Tuesday ocupaba casi todo su tiempo en ver la televisión y en revisar exhaustivamente la prensa.

Ni el más mínimo comentario en los medios de comunicación sobre las consecuencias de la lluvia de gelatina de Lovelock, ninguna información sobre los trabajos de depuración que llevaban a cabo las autoridades en las montañas de la Trinidad.

Theo Hangsting se había esfumado. No aparecían sus habituales reportajes en el *Herald* ni daba muestras de vida. ¿Dónde se había

metido el incisivo *Podenco de la Noticia?*

Tentada estuvo de llamarlo por teléfono. Theo le había entregado una tarjeta con un número de teléfono y la dirección de su apartamento de soltero en Pico Boulevard, Santa Mónica.

Ardía en deseos de volver a ver a Hangsting, pero un sentimiento de pudor le impedía tomar la iniciativa. Por otra parte, el profesor Curley no veía con buenos ojos su relación con Hangsting. Padre e hija habían mantenido una conversación al respecto.

—¿Por qué sigues entrevistándote con ese tipo? Ya has conseguido lo que te proponías: que fuera Hangsting quien difundiese la noticia de... Bueno, ya sabes de qué. No quiero que vuelvas a verlo, Tue. Ese hombre me hizo mucho daño. No puedo permitir que mi hija...

—Papá, olvidas que ya no soy una niña, sino una mujer que va a cumplir veinticuatro años. Theo no es tan mala persona como suponíamos. Como periodista puede resultar antipático, incluso odioso, pero como persona es un hombre leal, noble y honrado.

—Te ha engañado, ya veo. Se ha apoderado de tu voluntad. ¿Estás enamorada de ese canalla?

—No lo sé. Y no es un canalla. Al cabo de seis años de aquel escándalo promovido por Hangsting, todo me parece distinto. Theo no hizo otra cosa que comunicar el sentir deuna parte de nuestra sociedad, más pacata y conservadora. Incluso hoy las experiencias con embriones, células, fecundación *in vitro,* bancos de esperma... Todo eso sufre un rechazo por una parte importante de los ciudadanos. Y no podemos evitarlo. Cada cual tiene derecho a su opinión —estimó Tuesday.

Pero el profesor Curley no lo entendió así.

—Veo que estás en contra mía y te pones de parte de Hangsting. Lo lamento profundamente, hija —replicó el profesor, con tristeza y reproche.

Tue se sintió conmovida. Impulsivamente abrazó a su padre y lo besó amorosamente.

—Papá, ¡oh, papá! ¿Cómo puedes decir tal cosa? Yo siempre seré leal contigo. Eres un científico prestigioso, que ha trabajado en lo que creía con toda la fe del mundo. Has sido un buen padre y un magnífico preceptor. Siempre contarás con mi amor —pronunció con

vehemencia.

Sin embargo, su padre tenía razón en parte. La viva antipatía —casi odio— que sintiera hacia Hangsting tiempo atrás, se había transformado en admiración. Theo era fascinante. No retrocedía ante nada, no se doblegaba ni se vendía, era osado hasta la temeridad, pero valiente y entero.

¿El conjunto de tales sentimientos podía considerarse amor? Tuesday no estaba segura, aunque reconocía que Theo la atraía irresistiblemente. A pesar de lo cual, no cedió a la tentación de llamarle por teléfono o visitarle en el apartamento de Pico Boulevard.

El profesor Curley se marchó la mañana del viernes. Pensaba pasar el fin de semana dedicado a la horticultura en su granja del valle de San Fernando. El profesor había adquirido dos acres de terreno en aquella zona privilegiada, algunos años atrás. Después construyó una agradable casa de recreo, a la que se había añadido una pequeña granja, donde Curley criaba conejos, patos y gallinas.

Tuesday lo acompañaba frecuentemente, pero en esta ocasión dijo que tenía que corregir una tanda de ejercicios escritos de sus alumnos y rehusó acompañar a su padre. En realidad, deseaba secretamente entrevistarse con Theo Hangsting.

Al atardecer, metió un pollo en el horno, tomó un baño y se vistió, todavía indecisa. Iba a marcharse cuando zumbó el teléfono. En seguida escuchó la voz de Theo.

—¿Dónde has estado escondido? —exclamó ella, incapaz de disimular su alegría—. Pensé que Ron Winterman te había desterrado a Nicaragua.

—Error. No hay quien pueda alejar al *Podenco de ¡a Noticia* cuando hay caza a la vista. Estuve en una pequeña localidad llamada Christian Hill, al norte de California, allá por las inmediaciones del Parque Nacional Lassen Volcanic…

—¿Qué había allí que pudiera interesarte?

—Te lo diré en persona, si accedes a reunirte conmigo. Estoy en mi apartamento de Pico Boulevard, pero puedo pasar a recogerte en media hora. ¿Estás sola?

—Sí.

—Estaré ahí en seguida. Tenemos que hablar.

Veintiocho minutos más tarde, Theo Hangsting llamaba a la puerta de los Curley, en Glendale. En cuanto Tue le abrió, Theo penetró, cerró la puerta con el talón, la abrazó posesivamente y la besó en la boca. Fue un beso largo, absorbente y bien elaborado, que complació íntimamente a la pelirroja.

Interponiendo un codo, ella se separó cuando sintió menguar sus fuerzas y le temblaron las rodillas.

—¡Eh, eh! Más despacio, viejo hurón. La presa aún no está madura —escapó, riendo.

Theo se despojó de su chaqueta de ante y estiró los largos brazos.

—¿Seguro que estamos solos? No sería muy agradable que el viejo profesor nos sorprendiera entregados a placenteros juegos eróticos — dijo.

—Nada de juegos peligrosos — lo amonestó Tue—. Mi padre está en nuestra pequeña granja de San Fernando. ¿Quieres beber algo?

—Desde luego, pero estoy hambriento.

—Eso tiene solución. Tengo un pollo en el horno, unos salmonetes de importación y queso francés. Puedo hacer una ensalada en pocos minutos. ¿Qué tal el menú?

—Magnífico. Pero permíteme que te ayude.

Se remangó y la siguió a la cocina. Se movía dentro deella como si hubiera nacido precisamente allí. Sacó una lechuga, las endivias, el puerro, todo lo cual limpió bajo el chorro de agua fría. Después troceó adecuadamente las hortalizas, añadió el toque de color con unas rodajas de remolacha agridulce y colocó taquitos de atún alrededor. El conjunto era apetitoso y sugerente.

Comieron en la cocina. Theo demostraba un apetito insaciable y se bebió una botella de vino blanco con la cena. Luego recogieron apresuradamente la vajilla y se retiraron al salón.

Mientras encendían cigarrillos, Tuesday dijo:

—¿Qué estuviste husmeando en el Parque Lassen?

—Ya sabes que el tema Lovelock, la lluvia gelatinosa y los bichos

que contaminaban las aguas es tabú. El gobernador Wallace se muestra inflexible. Imagino que ha recibido instrucciones severas de la Casa Blanca. Reagan va a ganar y no permitirá que otros asuntos interfieran en su carrera triunfal.

—Eso ya lo sé. Sigue.

—Estuve vagando por ahí, a la caza de alguna noticia relacionada con lo que nos interesa. He revisado toda la prensa de California hasta que me dolieron los ojos. Y encontré una noticia sin importancia en la crónica de sucesos del *Standard* de Redding, un periódico comarcal. Un cazador veterano, Lewis Simpson, había sido atacado por las fieras en las quebradas de Lassen Park. Simpson perdió la pierna izquierda, prácticamente devorada por feroces animales. Se la tuvieron que amputar en el Hospital del Condado.

—Horrible. Pero ¿qué clase de fieras atacaron a ese hombre?

—Has dado en la diana, querida. Eso mismo me pregunté yo. Estuve a punto de telefonear al reportero del *Standard* que firmaba la noticia, pero lo pensé mejor y decidí viajar a Redding, temeroso de espantar la pieza. No pude ver a Simpson, que continuaba en la unidad de cuidados intensivos, pero sí hablé con su esposa. La señora Simpson había acompañado a su esposo en la partida de caza. Viajaron en un automóvil con remolque. Ella se encontraba preparando el almuerzo en la caravana cuando escuchó los gritos desgarradores de su esposo. Tomó una carabina y corrió hasta el lugar del que procedían los alaridos. Simpson estaba en el suelo, acosado por cinco animales que habían hecho presa de él. «Nunca vi nada semejante», me confesó, todavía asustada. «Eran del tamaño de un lince, pero tenían la piel escamosa, de color parduzco. Sus cabezas, de hocicos puntiagudos, parecían más propias de un mandril que de un mono corriente. Estaban arrancando a dentelladas la carne de la pierna de mi pobre Lew, gruñían como diablos y lo estaban devorando vivo, mientras mi esposo se debatía impotente, lanzando al aire estridentes chillidos.» La señora Simpson, temiendo herir a su marido, disparó al aire, pero las bestias no demostraron temor al oír las detonaciones. Desesperada, arremetió a culatazos contra las fieras y consiguió rescatar a su esposo. El sheriff de Redding oyó su relato y le prohibió hacer comentarios al respecto, pero yo conseguí ganarme la confianza de la pobre mujer, que aguardaba, llorosa, en el pasillo del hospital.

Tuesday escuchaba en silencio, vivamente impresionada por el relató de Theo Hangsting.

—¿Qué te parece? —la escrutó el periodista, atento—. Es evidente que las criaturas que devoraron un recental en la laguna han evolucionado de modo sorprendente. De animales acuáticos con aspecto de reptiles, han pasado en una semana a convertirse en fieras de tierra firme, semejante a cinocéfalos como los mandriles, aunque aún conservan la piel escamosa. La señora Simpson me dijo algo que me escalo frió: «Las ágiles bestias devoradoras escaparon entre los arbustos espinosos. ¡Caminaban erguidas, como usted y como yo…!», fueron sus palabras.

Tuesday permanecía en silencio. Al fin, aplastó nerviosamente el cigarrillo en un cenicero y murmuró con voz lejana:

—Han sobrevivido al veneno y poseen una increíble capacidad de adaptación al ambiente que las rodea. Crecen en progresión geométrica y evolucionan constantemente. Por lo demás, se expanden veloces a través de la tierra. Theo, ¿te has parado a considerar que desde Trinity Range al Parque Lassen hay más de cuatrocientos kilómetros?

Hangsting asintió en silencio. Luego cogió la botella de brandy del profesor Curley y se llenó la copa hasta el borde.

CAPITULOVI

Ronald Reagan había ganado clamorosamente las elecciones presidenciales. Se anunciaban restricciones en los presupuestos dedicados a atenciones sociales y se incrementaban en un dieciséis por ciento las inversiones en ingenios bélicos.

En los más altos niveles se ignoraba —o se pretendía ignorar— lo que estaba sucediendo entre el oeste de Nevada y el norte de California.

El día 15 de noviembre de 1984 los noticiarios de televisión ofrecieron informativos sobre nutridas bandas de marginados que habían atacado granjas y ranchos ganaderos en Lapine (Oregón), Bliss (Idaho), Hawthorne (Nevada) y Red Bluff (California).

Las primeras noticias eran contradictorias. Mientras unos informadores culpaban de la desaparición de numerosas reses de ganados vacunos a grupos de delincuentes organizados, un reportero del *Clarion* de Lapine, achacaba el hallazgo de varios cadáveres de vacas parcialmente devorados a manadas de lobos, a la rapiña de los coyotes e incluso a jaurías de perros asilvestrados.

Theo Hangsting coleccionaba informaciones, testimonios y documentos. Permanecía atento a los medios de comunicación dieciséis horas diarias, grababa en vídeo los telediarios de madrugada y analizaba todo minuciosamente.' En su mente, iban encadenándose automáticamente informaciones de sucesos sin conexión en apariencia, pero íntimamente ligados en su sustancia.

Aunque se mantenía en contacto con Tue Curley, Theoviajaba rápidamente allá donde se producían las noticias que le interesaban. Indagaba, sonsacaba, obtenía documentos gráficos y... callaba.

El viernes siguiente regresó súbitamente a Los Ángeles y llamó a la hija del profesor Curley.

—Hola, preciosa. ¿Podemos vernos?

—Desde luego. ¿Dónde?

—Podría recibirte en mi apartamento de Pico Boulevard, pero como tú dijiste la semana pasada, la pieza aún no está madura. ¿Quieres que nos veamos en la Posada para compartir un menú a base de carne a la brasa de mesquite, *ravioli* en salsa de nueces, mero al

estragón y una clásica tarta de manzanas? En la posada tienen un saloncito muy íntimo, donde podremos hablar tranquilamente mientras reponemos nuestras fuerzas. He reservado una mesa y encargado un par de botellas de *sassicaia* de Toscana, blanco y tinto. ¿Qué tal? —¡Hmmm! Se me abre el apetito. Estaré en la posada a las ocho —prometió Tuesday.

Se sentía un poco preocupada por su padre. El profesor Curley se mostraba un tanto huraño y esquivo últimamente. Casi todas las tardes se marchaba a la granja de San Fernando. Solía dormir allí y se daba una paliza de conducir para llegar a la Universidad cada mañana. Aquel mismo día, poco después de las once, había besado fugazmente a su hija en la mejilla, anunciando que pasaría el fin de semana en la casa de campo. Durante la semana, Tue apenas había tenido oportunidad de hablar con él unos minutos. ¿Seguía el profesor enfurruñado por su relación con Theo Hangsting?

A las siete y media, Tue descendió al garaje común y se trasladó en su Toyota azul a la posada Inn. Theo la aguardaba impaciente con un martini seco en la mano.

Mientras el camarero traía unos entremeses, la penetrante mirada del periodista se clavó en el rostro de miss Curley.

—Estás muy guapa esta noche, Tue. Me enorgullece, porque sé que te has embellecido para mí —exclamó con su habitual sinceridad—. ¿Cuándo podremos tener un momento paranosotros,unratode...¡ejem! verdaderaintimidad?

Ella no respondió, pero permitió, complacida, que Theo acariciara su mano encima del fino mantel.

—Oí esas noticias truculentas de bandas de desesperados que asaltan ranchos y casas de campo. ¿Qué está ocurriendo. Theo?

Él se tragó el martini y sirvió vino blanco en la misma copa. No era muy ortodoxo, pero Hangsting era poco ortodoxo por lo común.

—En Lapine mataron veintidós vacas, que dejaron a medio devorar. El hombre que cuidaba el ganado había ido al pueblo a comprar provisiones y se encontró con una carnicería al volver. En Bliss, degollaron un rebaño de unas noventa ovejas merinas. El pastor dormía en un remolque-vivienda, oyó los balidos de las ovejas y unos gruñidos feroces, cogió su escopeta y, en la oscuridad, disparó varias veces contra los que huían. «Eran hombres, aunque no pude verlos bien, pues la noche era oscura. Pero escaparon a la carrera. No, no

eran lobos, coyotes o perros», me dijo. «Caminaban verticalmente, como cualquier hombre, aunque no pude distinguir sus vestimentas. Ladrones de ganado, gamberros, probablemente», añadió.

—¿Y en los demás lugares?

—A Ted Williams, dueño de una granja de cerdos en Hawthorne, Nevada, le desaparecieron quince cerdos misteriosamente. Los animales no pudieron escapar de sus zahúrdas: estaban cebados, pesaban casi doscientos kilos cada uno, destinados al matadero, el próximo lunes. Williams halló en una hondonada salina los huesos mondos de sus animales. Advirtió un movimiento sospechoso en un matorral espinoso sobre una colina. Disparó su escopeta hacia los arbustos y quedó sobrecogido de espanto: una manada de monos apareció en el tupido breñal. El granjero declaró que había más de cien animales, que saltaban sobre las rocas, caminaban enhiestos y gruñían hostilmente, sin darse por aludidos al estruendo de los disparos. Williams perdió el ánimo y escapó en su camioneta.

—¿Dijo *monos?*

—Sí. Y los describió: cuerpos antropoides de pelaje marrón oscuro, largos brazos y patas cortas. ¿Recuerdas que la señora Simpson, de Redding describió a las fieras que atacaron a su marido como mandriles? También aquellas bestiastenían el aspecto de cuadrumanos. Pero además he registrado un informe de la policía de Red Bluff, en California. El rancho Horse Shoe, dedicado a la cría de caballos, fue asaltado por unos desconocidos en la madrugada. Había tres peones durmiendo en un galpón, que despertaron al escuchar los relinchos de los caballos en un corral. Temiendo que se tratara de cuatreros, los empleados agarraron sus rifles y fueron a inspeccionar. Vieron unas sombras que saltaban sobre las vallas, dieron el alto y dispararon varias veces. McGratt. unode los desbravadores, me dijo: «Creí que eran hombres, pero eran orangutanes. Habían matado cinco potros y los estaban devorando. Había muchos, tantos que mi sangre se heló en las venas. Pero la curiosidad me mantuvo allí, después de que mis compañeros huyeron. Mientras aquellos diablos peludos saltaban las vallas y los potros galopaban enloquecidos, vi cómo uno de aquellos monos saltaba sobre el lomo de un caballo y galopaba agarrado a sus crines. La manada de caballos que teníamos en el corral, rompió finalmente la valla y aquel orangután se alejó en la noche, cabalgando en uno de nuestros mejores potros. Quedé pasmado de asombro y de miedo. En aquel momento, recordé aquella famosa película. ¡Sí, sí, era «El Planeta de los Simios»!»

Al tiempo que hablaba, Theo se servía una copa detrás de otra, de forma que, hacia los postres se encontraba un poco achispado. Pero su palabra seguía siendo fluida y coherente.

—Resumen: tus bichitos evolucionan a velocidad de vértigo. De simples renacuajos se convirtieron en unas a modo de salamandras, cambiaron a reptiles acuáticos, a depredadores de tierra, a híbridos entre reptiles y mamíferos. Ahora son decididamente cuadrumanos que comen carne con una voracidad infinita. Hasta ahora, sólo han atacado a animales silvestres o de granja. Pero ¿quién puede prever lo que ocurrirá en los próximos días? —planteó Hangsting.

—Sólo Dios lo sabe —musitó Tuesday.

— ¡Eso! Pero las autoridades están alertas —afirmó Theo—. Cuando regresaba de Red Bluff me crucé con varios convoyes militares. Por otra parte, la policía patrulla constantemente las carreteras y los *rangers* recorren las llanuras y montañas. ¡Me parece hipócrita y cínico que las autoridadesno hayan alertado aún a la población! Es un peligro cierto, Tue. ¿Cuántos millones de esos seres llegados de las estrellas pululan ahora por los desiertos, las llanuras, los valles y los bosques! Probablemente, su instinto impulsa a esos monos, mandriles y orangutanes a buscar refugio en las zonas boscosas, en las ásperas montañas, en los lugares más inaccesibles y remotos. Dime, por favor, ¿cuál es tu opinión?

—Prefiero no hablar. Sigo tos acontecimientos de cerca —respondió ella, inexpresiva.

—«Sigo los acontecimientos de cerca...» —remedó Hangsting el tono de la joven pelirroja—. Pero tu padre es un biólogo renombrado y tú eres antropóloga. Estoy seguro de que ambos os sentís muy interesados por este fenómeno indescriptible. Es más... Ahora que lo pienso: tú sabías exactamente que esto iba a suceder.

—Por favor, Theo, no debes...

—¿No debo profundizar en el enigma, no tengo derecho a averiguar la verdad, a conocer exactamente el peligro, a transmitir a mis semejantes la voz de alarma, antes de que sea demasiado tarde? ¡Di! ¿No tengo derecho? —bebió de un trago su copa de vino, se enjugó los labios con la servilleta y escrutó el rostro transido de Tuesday—. Afronta la verdad, mujer. Confieso que mordí el anzuelo, cuando aquella tarde te presentaste, pimpante y apetitosa en mi despacho del *Herald*. Tenías todo el aspecto de una muchacha

ingenua, aunque ávida de dinero. Me engañaste. Pero ahora sé que aprovechaste el asunto para vengarte de mí. Probablemente, la idea fue tuya; la hija del frustrado y famoso científico necesitaba hacer morder el polvo al periodista Hangsting, el hombre que oscureció el brillante porvenir del profesor Curley. Pero estoy seguro de que él deseaba la venganza más que tú. Y te alentó. ¿No tienes nada que decir, Tuesday?

Ella se retorcía desesperadamente las manos, escuchándole. La tensión íntima la mantenía erguida, rígida la espalda contra el respaldo de la silla. Luchaba contra sentimientos antagónicos. Por una parte el amor filial, la lealtad a su padre. Por otra, el amor que le inspiraba Hangsting y su sentido del deber como ciudadana.

Buscó apresuradamente un cigarrillo en su bolso, lo encendió, exhaló el humo sin llevarlo a los pulmones y acarició el borde de la copa con sus dedos.

—Tienes razón, Theo —se decidió a confesar—. Mi padre y yo analizamos una muestra de gelatina recogida en las proximidades de Lovelock. La materia viscosa contenía gérmenes elementales de la vida. Inmediatamente observamos un proceso de desarrollo vertiginoso… La verdad es que papá y yo sospechábamos lo que finalmente ha ocurrido. Yo… Bueno, te tendí la trampa. Mi padre temía desatar nuevamente el escándalo. Lo… lo siento.

CAPITULOVII

Inconscientemente, Tue Curley apretaba más de la cuenta el acelerador y el Toyota volaba materialmente sobre la carretera, lanzado a más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

Superó un cambio de rasante y notó que los neumáticos se despegaban realmente del asfalto. Súbitamente vio la mole de un camión pesado, hundió el pie en el pedal del freno y se sintió empapada en sudor frío cuando su coche quedó clavado a pocos metros de la trasera del vehículo que la precedía. Los frenos de su cochecito japonés habían respondido a las mil maravillas, pero Tue fue consciente de que había estado muy cerca de morir.

El motivo de su atolondrada conducta eran los nervios. Había discutido violentamente con Theo, dos días atrás. El la había acompañado caballerosamente a Glendale, pero el periodista se despidió en la puerta, sin besarla. «Es comprensible», pensó. «Theo está dolido por lo que él cree una traición por mi parte.»

Pero no sólo era la actitud de Hangsting lo que la preocupaba. El lunes, el profesor Curley no había acudido a su cátedra de Biología en la Universidad de Berkeley. Fue inútil que Tue le llamara por teléfono durante toda la mañana. En la casa de campo nadie atendió la llamada.

¿Estaba enfermo su padre, habría sufrido un accidente imprevisto?

Tue adelantó prudentemente al camión pesado en la próxima recta. Diez millas más allá tomó un desvío hacia el valle de San Fernando. A las doce del mediodía conducía suautomóvil a lo largo del camino de tierra y gravilla apisonada que unía las distintas granjas.

Al fin, se detuvo ante una verja, descorrió el cerrojo, volvió al automóvil y lo detuvo ante la casa. Le extrañó no oír el cacareo de las gallinas que cuidaba su padre, ni ver deslizarse a los patos por el estanque situado bajo los alerces y sauces que rodeaban la propiedad.

Echó una ojeada al gallinero y lo encontró vacío. Tampoco estaban los patos. No encontró un solo animal en las dependencias destinadas a ellos y volvió, más preocupada aún, hacia la entrada principal de la casa.

Ascendió al porche donde su padre solía tomar el sol en una tumbona los días templados, y presionó varias veces el timbre de

llamada. Nadie vino a abrir.

La angustia estalló súbitamente en su garganta.

—¡Papá, papá! ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta. Indecisa, volvió al coche, cogió su bolso y sacó las llaves. Abrió en seguida y penetró impulsivamente. El fuego estaba apagado en el confortable salón forrado de madera.

Ya se dirigía al dormitorio del profesor, cuando escuchó aquel gruñido animalesco. Turbada, corrió pasillo adelante. Aquel sonido espeluznante parecía provenir de la habitación donde el profesor solía guardar sus aperos de labranza y los frutos que obtenía de la granja.

Empujó la puerta y miró.

—¡Papá...!

Su voz quedó estrangulada en la garganta. Al fondo de la estancia se veía una gran jaula de sólidos barrotes. Dentro, un homínido de grandes proporciones se agitaba con violencia, aferrado a las barras. Había una tina llena de agua dentro de la jaula. Al fondo se amontonaba una gran cantidad de huesos menudos. Un hedor nauseabundo impregnaba la estancia.

—¡Dios mío! —murmuró Tue, incrédula.

El animal cesó sus bramidos y la miró. Tue se sintió traspasada por aquella mirada penetrante, fija, inteligente.

Por sus dimensiones, se diría que era un orangután. Pero sus brazos no eran tan largos y las fuertes piernas eran másproporcionadas que en los grandes antropoides. Al animal que contemplaba Tue con los ojos desorbitados, se le estaba cayendo el pelaje marrón oscuro en los hombros, el tórax, los muslos, los brazos.

—No puede ser —murmuró—. No puedo creer que este bicho sea...

Se volvió de un brinco al oír un rumor próximo. En el pasillo estaba el profesor Adam Curley. Vestía un arrugado pijama, tenía barba de varios días y se le veía demacrado y ojeroso. Alborotados los grises cabellos y mortecina la mirada, ofrecía un aspecto lamentable.

Tue corrió hacia él. Le abrazó.

—Papá, ¡oh, papá! ¿Qué te ocurre? No asististe a tu clase esta

mañana, no respondiste a mis llamadas telefónicas, tienes un aspecto descuidado y pareces enfermo. ¿Qué tienes? —preguntó, alarmada.

El profesor Curley señaló con un movimiento de su mentón hacia el fondo del pasillo.

—Supongo que ya lo has visto —replicó, desganado—. Era «eso» lo que trataba de ocultarte.

—¿El antropoide, ese repugnante animal? ¡Papá, papá, me prometiste que habías dejado morir a aquellos especímenes! ¡Me mentiste! —le reprochó Tue.

—No pude resistirme a la tentación, hija mía. Me sentía lleno de pánico, pero también irresistiblemente atraído por el experimento. Ahora estoy llegando al final de mis observaciones. Primus está cerca de su desarrollo total, intelectual.

—¿Primus, desarrollo intelectual? ¿De qué estás hablando, papá? —exclamó fue, desconcertada.

—Primus es la única de aquellas criaturas que dejé vivir. Lo traje aquí y lo he estado cuidando, alimentando, observando. Semana tras semana, día a día, minuto por minuto. He realizado un estudio completo, tengo más de mil fotografías y una documentación exhaustiva. ¡Será el trabajo más perfecto que he realizado jamás! —respondió el profesor, excitándose por momentos.-

Su hija le contempló con tristeza.

—Papá, debes reflexionar: Primus o como quieras llamarle no es sino un monstruo.

Curley negó acaloradamente.

—¡Un monstruo! Es un ser evolucionado, completo, inteligente. Ahora se encuentra en el último estado de su desarrollo, el principal: su cerebro aumenta de tamaño cada día, cada hora. Sabe interpretar mis palabras y hasta el menor de mis gestos. Aún brama como un animal, pero pronto comenzará a hablar, a expresarse como un ser racional.

Tue retrocedió, espantada.

—Papá, debes eliminar a ese engendro. Como sea. Coge tu escopeta y descerrájale dos tiros. O utiliza una inyección letal. ¡Tienes que

hacerlo! —suplicó.

Del fondo del pasillo llegó un gruñido bestial.

—Sería... sería un asesinato —dijo Curley, reflexivo—. ¿Oyes su voz? Primus se muestra violento porque ha entendido perfectamente tus palabras. Reacciona como una criatura humana.

—Pero... ¡no es humano! —gritó Tue—. ¡Una parodia de persona, un animal con cierta apariencia humana... nada más! ¡Mátalo! Si no lo haces...

—¿Si no lo hago? — la desafió su padre.

—Loharéyo.Tomarélaescopetaenmismanos y...

—Vamos, vamos, hijita. Primus no es peligroso. Me reconoce, me está agradecido porque lo he cuidado durante muchos días.

—Has sacrificado todos los animales de tu granja para engordar a ese monstruo —le reprochó Tue.

—No podía abandonarlo, no tenía tiempo para ir por comida a un supermercado. La experiencia ha resultado apasionante, Tue. Ahora lamento haberte ocultado que dejé un espécimen con vida. Si tú hubieras estado conmigo, siguiendo el desarrollo de Primus, te habrías sentido tan excitada y apasionada como yo. He visto con mis ojos como un saurio acuático se desprendía poco a poco de sus escamas, cómo se atrofiaba su cola y abandonaba su primer medio: el agua. Y después... Primus se convirtió en una fiera, híbrido de reptil y mamífero. Se volvió muy violento. Mordía los barrotes con sus afilados dientes, se lanzaba sobre la comida con ferocidad, gruñía constantemente... Luego, un día, le vi erguirse, intentar caminar en posición vertical. Su cuerpo se cubrió en una noche de recio pelambre, se ensanchó su tórax y se desarrollaronmuscularmentesuspatasybrazos.Yahora...

—Te has encaprichado de un monstruo —pronunció Tue, observando a su padre con estupor y desconfianza.

—¡Primus no es un monstruo! —protestó Curley, dolido—. Sígueme, si quieres comprobarlo.

El profesor penetró en el cuarto de herramientas. Tue, aunque indecisa, lo siguió.

Vio al antropoide en su jaula. Corpulento y musculoso, el primate saltaba violentamente de un extremo a otro de su encierro. Pero en cuanto vio aparecer a Adam Curley se calmó por arte de magia.

—¡No te acerques! —gritó Tue a su padre.

Pero el profesor caminó hasta la reja sin vacilar. Pasmada de asombro, Tue contempló a su padre, que introducía temerariamente una mano a través de los barrotes y palmoteaba el robusto tórax del cuadrumano.

—Calma, calma, amigo —oyó—. ¿No es cierto que tú y yo somos buenos camaradas, Primus? ¡Mira a Tue! Está ahí, asustada, incrédula, incapaz de aceptar lo que es evidente... ¡Saca los brazos, Primus! ¡Abrázame!

Incapaz de reaccionar, Tue cerró los ojos instintivamente al ver surgir a través de los barrotes los gruesos brazos musculosos,ytodavíapeludosparcialmente,delantropoide.

Pero volvió a mirar. Primus abarcaba con sus brazos los hombros del profesor Curley y palmoteaba rudamente su espalda.

—¿Lo ves? —se volvió el profesor hacia su hija—. ¡Me entiende! Lo comprende todo, aunque tiene algunas dificultades para modular sonidos articulados. ¡Acércate, no existe el menor peligro!

Pero Tue se mantuvo prudentemente cerca de la puerta, recelosa, dispuesta a escapar, a correr hacia el salón y descolgar la escopeta de su padre, a la más mínima señal de alarma.

—Tienes hambre, ¿no es cierto, Primus? ¿Quieres comida? —preguntó Curley, permitiendo que el animal le alborotase los cabellos, a manotazos.

Primus abrió las fauces, señaló sus agudos colmillos con su mano derecha y gorgoteó torpemente:

—¡Cooo...miii...daaa...!

AdamCurleydirigióunamiradaradianteasuhija.

—¿Lo ves? ¡Empieza a expresarse! Ayer era incapaz de pronunciar ese vocablo. Pero hoy... tú misma acabas de escucharlo inteligiblemente. ¿Quieres ir a la cocina, por favor? Tengo un conejo asado en el frigorífico. Tráelo. Nuestro amigo Primus tiene hambre.

—¡Jjjj… haaaambreee! —balbuceó el antropoide, golpeando rotundamente la espalda del profesor.

—¡Ve!¡Tráele su comida!—apremió Curley a suhija.

Asombrada, ella retrocedió y volvió poco después con una bandeja de plástico en la que traía un asado de conejo. Antes de que hubiera podido impedirlo, su padre había introducido una llave en el fuerte candado que cerraba la jaula, abría la puerta y penetraba imprudentemente en el receptáculo.

—Ven—la invitó.

Tue espió con recelo no disimulado al monstruo. Primus se había retirado a un rincón y se sentaba dignamente en una banquetametálicaqueelprofesorintrodujoenlajaula.

—Estás loco, papá —dijo en voz baja cuando se acercaba a la entrada de la jaula—. Ese animal debe pesar ciento cincuenta kilos. Podría destrozarte fácilmente. Y tú…

—Dame la comida —exigió Curley, seguro de sí mismo.

Cogió la bandeja y la ofreció a Primus, que la aferró delicadamente en sus largas manos, la colocó sobre sus rodillas como cualquier explorador aficionado y se puso a devorar el asado. Demostraba un enorme apetito, pero se comportaba con mansedumbre.

Entretanto, el profesor Curley le hablaba afectuosamente.

—Apetitoso, ¿verdad, Primus? Come con tranquilidad y arroja los huesos al rincón. Así, muy bien —el científico se volvió a mirar a su hija, que aguardaba, desconfiada, a la entrada de la jaula—. Al principio, en su primer nivel de mamífero, Primus devoraba con ferocidad cuanto caía en sus manos. Masticaba los huesos y lo ingería todo atropelladamente. Luego probé con carne y pescado cocinado. Lo rehusó, pero en seguida se habituó a los alimentos preparados. Ahora odia la carne cruda. Dentro de poco podrá tomar una sopa con cuchara. ¿No te parece maravilloso?

—Se me antoja… inquietante —murmuró Tue con un hilo de voz.

El profesor abandonó la jaula cuando el antropoide terminó su yantar. Colocó la banqueta junto a la próxima ventana y cerró la reja.

—Papá, has faltado a la Universidad, has abandonado a tus

alumnos —observó su hija, dirigiendo furtivas miradas a Primus, que los miraba a su vez mansarnente, con una expresión atenta y ávida en sus ojos dorados—. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

Curley dejó escapar una risita divertida. —Telefoneé al decano. Simulé que padecía una gripe y me esforcé en toser convincentemente. Creo que lo convencí. Humphrey estuvo de acuerdo en que el profesor Smithson se hiciese cargo de mi cátedra durante unos días.

—¿No vas a venir a casa? —consultó ella.

—No puedo abandonar a Primus. Está evolucionando a ser racional, hija. Dentro de muy poco tiempo, Primus será como nosotros. Será un verdadero *homo sapiens.*

Tue se sintió desesperada. Temía por su padre, por aquella fiebre que se había apoderado de él en las últimas semanas.

Pero ¿qué podía hacer? Recurrir a la policía supondría un escándalo. Por otra parte, sus nervios no le permitirían continuar, inactiva, en la granja.

Decidió hacer algunas compras para su padre en la cercana población de San Jerónimo. Una hora más tarde, volvía a la casa de campo con el coche cargado de provisiones.

Almorzó tardíamente en compañía de su padre, callado y reflexivo, que masticaba la comida maquinalmente, sin gozar de los manjares que había sobre la mesa.

Serían las cuatro de la tarde, cuando zumbó el teléfono. La llamada provenía del Hospital Central de Los Angeles. Una enfermera le dio el recado:

—Me pidió que llamase a una señorita llamada Curley. Estaba a punto de desmayarse y se desmayó. Ahora duerme. Tiene un brazo roto. ¿Qué cómo se llama? Hangsting. Demostró un gran interés en que usted, señorita Curley, conociera cuanto antes la noticia.

—Iré ahora mismo—prometió Tue.

CAPITULOVIII

Eran casi las seis de la tarde. Acababa de dejar el coche en la zona de aparcamiento y se disponía a penetrar en el vestíbulo del hospital, cuando vio descender la escalera de acceso a Theo Hangsting.

Calzaba botas flexibles, vestía un pantalón de pana y un chaquetón de piel y... llevaba un brazo en cabestrillo.

Theo se detuvo al reconocerla y Tue se quedó al pie de la escalera. De pronto él sonrió y Tue supo que no podría resistirse a besarlo. Y lo hizo, ferviente y apasionadamente, tras una corta carrera.

—¿Cómo es posible que te hayan dado de alta tan pronto? La enfermera que me dio tu recado dijo que te habías fracturado un brazo —dijo ella.

—Y así es, como puedes ver. Pero no podía permanecer inactivo, instalado en una habitación de hospital —respondió Theo—. Convencí al traumatólogo que me atendió y me ha permitido marchar, aunque volveré dentro de una semana para someterme a nuevas radiografías.

Tue lo cogió delicadamente por el brazo sano y lo acompañó a su automóvil. Lo ayudó a acomodarse en el asiento delantero, se instaló a su vez y se alejaron del Hospital Central.

De pronto él dijo:

—Me he quedado sin coche. El Porche ha quedado listo para la chatarrería. Espero que la compañía de seguros me resarcirá.

—¿Cómo te rompiste el brazo?

—Inesperadamente recibí una llamada del gobernador Wallace. Dijo que iba a asistir a unas maniobras militares, allá por Lassen Park. Unas maniobras militares no me interesaban particularmente, pero acepté, intrigado. Durante la semana pasada he venido advirtiendo un disimulado despliegue de tropas militares, y yo suponía que no se iban a hacer simples maniobras rutinarias. Más tarde, el gobernador me confesó la verdad: no había tales maniobras. Se trataba de una operación militar de guerra. Iban a dar una batida contra las manadas de monos. Wallace dijo, refiriéndose a mí: «Prefiero tenerlo cerca y vigilarlo, que permitirle que ande fisgoneando por ahí, sin control.» Quería tenerme sujeto, a la vista, según dijo.

—¿Y…?

—Llegados a nuestro destino, advertí que los militares habían evacuado a los habitantes de las granjas cercanas y de las localidades próximas. La entrada al parque Lassen estaba absolutamente prohibida y se veían puestos y patrullas militares por doquier. Wallace había dicho la verdad: se trataba de una operación de exterminio.

«Cuando las tropas hubieron rodeado el enorme perímetro del parque nacional, se recibió la información de unos helicópteros que sobrevolaban la zona.

»Habían descubierto varias manadas de grandes cuadrumanos en una zona boscosa. Quince vehículos blindados marcharon inmediatamente hacia el bosque. Tenían un jeep con una ametralladora pesada. Aguardamos los acontecimientos…

»Media hora después se dejaron oír estallidos de cañones sin retroceso y ráfagas de ametralladora.

»De improviso, Wallace y yo, que permanecíamos en el interior de mi coche, vimos venir hacia nosotros una nutridaformación de jinetes que galopaban como diablos. Quedamos paralizados por la sorpresa y el pánico al comprobar que los jinetes eran peludos antropoides que empuñaban largas lanzas de madera. Los soldados del jeep fueron incapaces de reaccionar. Y, de pronto, la horda cayó sobre nosotros. A los soldados los traspasaron con sus duras lanzas antes de que pudieran utilizar la ametralladora…

«Reaccioné cuando los antropoides daban fin a la matanza de soldados. Puse el motor en marcha y crucé, como unaexhalaciónatravésdelasfilasdelossingulares jinetes.

«Algunos caballos se espantaron y arrojaron por el aire a sus jinetes, pero cuando miré a través del retrovisor comprobé que nos seguían una numerosa partida. Apreté el acelerador, pero el terreno era muy abrupto, erizado de peñascos y salpicado de espesos matorrales. Al tomar una curva, la puerta del lado de Wallace se abrió. El gobernador salió despedido entre los matorrales. La puerta chocó contra una roca, el cristal estalló y los fragmentos cayeron sobre mí, cegándome momentáneamente. Sin control, mi coche fue a estrellarse contra un peñasco. No recuerdo lo que sucedió a continuación, pues debí perder el conocimiento.

«Cuando volví en mí, unos sanitarios me colocaron una férula en el brazo izquierdo. Cerca de mí se hallaba el gobernador Wallace, con el

rostro cubierto de pinceladas de mercromina y tiritas.

»A mi alrededor, el campo estaba cubierto materialmente con cadáveres de antropoides y caballos. Todavía sonaban ráfagas de ametralladoras en la lejanía. Según escuché de labios del gobernador, los militares habían abatido a más de cuatrocientos de los extraños invasores venidos de las estrellas. Los soldados amontonaron los cadáveres en varias pilas, los rociaron con fósforo y gasolina y les prendieron fuego. Mi coche estaba destrozado, inservible. Poco después, Wallace y yo éramos evacuados en un helicóptero —narró el periodista.

Tuesday conducía en silencio, bajo el peso psicológico del relato de Theo.

—Entonces... ¿todo ha terminado? —inquirió al cabode una pausa.

—¿Terminado? No lo creo, ni mucho menos. El ejército y la policía siguen en estado de alerta, aunque procuran disimular sus movimientos y desplazamientos para evitar que cunda la alarma general. Los medios de comunicación están amordazados, se ha establecido una censura rigurosa y hay policías de servicio en la televisión, en las emisoras de radio, en los periódicos. Por otra parte, se organizan espectáculos atractivos, de masas, de forma que la atención general no se desvíe hacia ciertos acontecimientos inquietantes. No sé lo que va a ocurrir, pero yo pienso estar atento. Si es preciso,alquilaré un automóvil con chófer. No voy a permanecer cruzado de brazos.

—Yo seré tu chófer. Ahora no me separaré de ti por nada del mundo —susurró Tue, acariciándole fugazmente una mejilla.

—¡Esta es la genuina Tuesday Curley! —exclamó Theo, conmovido. Encendió un cigarrillo, expelió el humo y miró a la joven pelirroja—. Por cierto, ¿cuál es la opinión del profesor Curley respecto a los actuales acontecimientos? Porque imagino que tú lo mantienes debidamente informado de lo que está sucediendo.

El rostro de Tue se turbó.

—Papá se ha recluido en la granja del valle de San Fernando. Ahora... sólo vive para cuidar a Primus —confesó.

—¿Primus? —se extrañó el periodista—. ¿Quién es?

—Un mono. Un gigantesco antropoide que se deja acariciar por

papá, come conejo asado y puede articular algunas palabras —respondió Tue, atormentada.

—Es uno de ellos, entonces —replicó Theo, ávido.

—Sí. Papá me engañó. Dijo que se había deshecho de los especímenes que criamos en laboratorio. Dejó morir a los demás, pero se reservó uno. Ahora mi padre está obsesionado, enloquecido. Temo por él.

—¿Por qué no le hacemos una visita? —propuso Theo—. Resultaráapasionanteestudiaraunodeesosinvasores.

Tras una fugaz vacilación, Tue accedió.

—Está bien, vamos allá. Ojalá no haya sucedido nada irremediable —deseó fervientemente.

CAPITULOIX

Tue volvió a pulsar el timbre, ahora con impaciencia. Había llamado varias veces, pero su padre tardaba en aparecer.

—Toma sedantes para dormir —explicó a Hangsting, aunque en realidad trataba de tranquilizarse a sí misma—. Quizá...

Calló bruscamente. A través de los cristales, levemente empañados, se veía una silueta gigantesca. Theo también lo vio y retrocedió instintivamente unos pasos.

Un brazo velludo descorrió un cerrojo interior y abrió la puerta.

—Adelante —pronunció una voz grave y gutural—. El profesor está descansando.

Theo giró la cabeza a derecha e izquierda, buscando a la persona que acababa de hablar. No podía creer que las palabras hubieran sido articuladas por el gigantesco simio que tenía ante los ojos.

—¿Eres tú, Primus, quien ha pronunciado esas palabras? —inquirió Tue, escrutando con curiosidad aquel rostro casi humano, sin vello. Los ojos de Primus habían cambiado: no eran ya ovoides, casi redondos, sino rasgados y brillantes, de un clarísimo color dorado.

—Soy yo, señorita Curley —se movieron los labios del antropoide —. El profesor está descansando. Adelante.

Pero ninguno de los dos se movió. Permanecían paralizados a metro y medio de la puerta. Contemplaban sin pestañear a Primus, vestido grotescamente con unos anchos pantalones de jardinero.

—Ha cambiado mucho en apenas unas horas. Se le hacaído la mayor parte del pelaje y lo que queda ahora se asemeja al vello de un hombre muy piloso. Su nariz se ha alargado, la boca se ha encogido, la frente es más abombada y su tórax es sensiblemente humano —fue detallando Tue, estupefacta.

Se oyeron unos pasos en el interior de la casa. Primus se apartó de la puerta y apareció el profesor Curley. Sus ojos brillaron al reconocer a su hija, pero volvieron a enfriarse al descubrir a Theo Hangsting.

—Por nada del mundo hubiera imaginado que un día traerías a este hombre a casa, Tue —dijo. El reproche vibraba en sus palabras.

—Papá, es hora de que sepas la verdad. Yo amo a Theo. El... ha sufrido un accidente y tiene un brazo fracturado. Theo no puede conducir, de modo que le estoy sirviendo de ayuda. Le dije que tenía que venir a verte y lo traje conmigo. Por otra parte debes saber que Theo está al tanto de la existencia de Primus. Pero no temas. Será discreto. Los dos estábamos preocupados por tu causa. Primus vino a abrir la puerta. Como comprenderás, ambos nos hemos llevado un susto tremendo. ¿Cómo es posible que...?

—Entrad, entrad. No podemos hablar aquí —dijo el profesor Curley, impaciente.

Tue tomó a Hangsting de la mano y ambos penetraron en la casa. Desde un rincón del vestíbulo, Primus los observaba en silencio, caídos los musculosos brazos.

—Estaba despierto y oí perfectamente vuestras llamadas —declaró el profesor—. No acudí porque prefería- que abriera Primus. Quiero demostrarte la verdad de mis afirmaciones. Dentro de pocos días, Primus será tan inteligente como cualquiera de nosotros. Le estoy enseñando, mediamente vídeos didácticos. Lenguaje, Escritura, Ciencias, Geografía, Historia, Matemáticas... Primus es un alumno muy aplicado y pacífico, como podéis comprobar vosotros mismos.

Mostró la fogata que ardía en la chimenea.

—Primus la encendió. Hace frío, ¿no es cierto? Sentaos ahí, junto al fuego. Primus nos servirá unas copas de brandy para entrar en calor —dijo Curley.

Theo tomó asiento. Con timidez. En su fuero interno temía que el profesor Curley se hubiera vuelto loco.

Siguió con la mirada los movimientos de aquella criatura gigantesca, híbrido de hombre y simio. Ciertamente las proporciones físicas de aquel individuo eran espectaculares: casi dos metros de estatura, ancha y musculada espalda, brazos fuertes y proporcionados, piernas tan largas como las de un hombre de su estatura... Se desplazaba con facilidad, ágilmente, coordinando a la perfección sus movimientos.

Primus abrió un armario, colocó una botella y tres copas en una bandeja de madera y lo dejó todo sobre la rústica mesa situada ante la chimenea. Desenroscó el tapón metálico de una botella y sirvió, sin verter una gota, el licor en las copas.

—Siéntate, Primus —invitó el profesor—. ¿Te importaría contestar a unas preguntas?

—Por supuesto que no, profesor —se movieron los toscos labios del antropoide en evolución.

—¿Quién es el Presidente de los Estados Unidos de América? —planteó Adam Curley.

—Ronald Reagan. Ex actor, ex gobernador del estado de California —respondió Primus, sin dudar un segundo.

—Dile al señor Hangsting cuál es la fórmula de cloruro de amonio —sugirió el padre de Tue.

—Es una sal amónica del ácido clorhídrico. Su fórmula: CINH4. Se utiliza en galvanización —describió Primus con la soltura de quien lee de corrido un diccionario técnico.

—¿El pico más alto de este planeta? —preguntó Curley.

—Everest, en el Himalaya. 8.888 metros. Pirámide de granito cubierta de glaciares, escalada por primera vez en 1953 por el neozelandés Hillary y el *sherpa* Tensing, de la expedición británica del coronel Hunt —contestó Primus sin la menor vacilación.

—Quizá sepas qué es un elefante —insistió el profesor.

—Sí. Un mamífero proboscidio de hasta 6 toneladas de peso, ojos pequeños, trompa móvil de hasta 2,5 metros de largo, largos colmillos de hasta 90 kilos de peso. Existen dos especies: el africano y el asiático —especificó el homínido.

Curley le planteó otras pruebas, incluidos ejercicios matemáticos. Primus escribió con soltura en un bloc y resolvió satisfactoriamente todos los problemas.

Cuando terminó, soltó el bolígrafo y miró insistentemente a Theo. Dijo:

—El señor Hangsting me está contemplando como a un bicho raro.

Y Theo respingó en su asiento.

—No se extrañe, Hangsting —le previno Adam Curley—. Primus puede asimilar fácilmente toda la información que se le ofrezca. Según mis cálculos, su masa cerebral debe pesar, en estos momentos, unos

dos kilos. Un ser humano corriente rara vez pasa de los mil quinientos gramos.

Theo se sentía tan incómodo como cualquier mortal sentado sobre el lecho erizado de clavos de un faquir. Cambió una mirada urgente con Tue. Advirtió que en su compañera el temor y la incomprensión inicial se había transformado en curiosidad y en decidida admiración.

YPrimus dijo:

—Usted, señor Hangsting, se niega a aceptar la realidad: soy un ser racional, aunque no completo. Mi desarrollo mental, por desgracia, se va adelantando a mi evolución física. Sin embargo, pronto llegará el momento en que usted y yo seremos sensiblemente iguales en cuanto al aspecto exterior.

—Evidentemente eso es lo que sucederá —asintió el profesor—. Primus acabará convirtiéndose en un verdadero *homo sapiens,* tal como nosotros lo entendemos. Aunque su inteligencia será muy superior a la normal.

Theo, encogido en su asiento, se preguntaba si verdaderamente estaba viviendo una escena real o se trataba de una pesadilla. Pero no, podía palpar la mano de Tue, sentir sus aceleradas palpitaciones y captar su actitud tensa, el calor tibio de su epidermis.

De pronto, Theo se sorprendió a sí mismo planteando aquella pregunta:

—Dígame, Primus. ¿Sabe algo de sus orígenes, de la existencia sobre la Tierra de otros seres semejantes a usted? ¿Sabe de dónde proceden?

La pregunta produjo intranquilidad en Adam Curley y una cierta ansiedad en su hija, que escuchaba muy atenta.

Hubo un asomo de sonrisa en el rostro todavía tosco dePrimus.

—Sí. sé que existen miles de congéneres míos sobrelaTierra. Conozco mis orígenes y sé de donde procedo, pero no voy a contestar a esa cuestión. No estoy autorizado —dijo.

Hangsting enarcó las cejas.

—¿No está autorizado? ¿Quién tiene propiedad para desautorizarlo? — insistió, ávido.

Primus no cayó en la solapada trampa.

—No haré ningún comentario al respecto. Discúlpeme, señor Hangsting —expresó con todala cortesía del mundo.

Curleysepasóunamanoporsuspálidasfacciones.

—Primus es mi huésped y mi amigo. Él sabe que puede fiarse de mí. Cuando haya alcanzado su desarrollo completo, él decidirá su futuro. Podrá marchar o quedarse, a su libre elección. Es lo que ambos hemos acordado —declaró.

Theo tomó su copa y se bebió el licor de un trago, sin percibirsuaromanisudelicado*bouquet.* MiróaTue.

—Me siento agotado. ¿Podrías devolverme a Los Angeles, Tue? —pidió.

Ella se incorporó prestamente. Ni siquiera había probado el licor que Primus le había servido.

Se incorporó. Su padre hizo otro tanto, dirigiendo una mirada penetrante al periodista.

—Imagino que se propone usted aprovechar esta informaciónparapublicarlaensuperiódico—pronunciótenso.

—Descuide, profesor. Prometí a su hija que mantendría en secreto cuanto viera aquí. Y cumpliré mi palabra.

Curley le tendió la mano en silencio. Por primera vez dirigió una sonrisa a Hangsting.

—Gracias. En mi nombre y en el de Primus. El los acompañará hasta la puerta —dijo el profesor.

El efecto, Primus se irguió en toda su estatura, les abrió la puerta y pronunció correctamente:

—Buenas noches, señorita Curley. Buenas noches, señor Hangsting.

Luego la puerta se cerró y la pareja penetró en el Toyota azul.

Theo no abrió los labios hasta que el automóvil alcanzó la carretera.

—Tue, mucho me temo que tu padre haya perdido el equilibrio de

sus facultades mentales —dijo entonces—. Está educando a un monstruo, ¿no lo comprendes?

Tue dejó escapar un sollozo.

—No sé qué pensar, no tengo criterio —respondió, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Todo esto es increíble, absurdo, desproporcionado. Pero está ocurriendo.

Theo la miró con ternura.

—Tranquilízate. Estamos juntos y juntos afrontaremos esta inconcebible situación. ¿Puedo dormir esta noche en tu casa deGlandale?

Tue se volvió un momento a mirarlo.

—Esta noche y todas las noches —respondió apasionadamente—. No puedes imaginarte cuánto te necesito.

CAPITULOX

A finales de noviembre fue lanzado —desde las instalaciones de la NASA, en Florida— un ingenio semejante al Columbia.

Era una operación secreta, que no trascendió —como tantas otras— a la opinión pública. La nave llamada Hawk alcanzó la altura deseada y entró en órbita sin incidencia alguna.

Seis días más tarde, el 6 de diciembre, el comandante del Hawk, Clark Irish, enviaba un mensaje cifrado urgente. Recibido en los centros de seguimiento espacial, su contenido conmovió al Pentágono y, naturalmente, al inquilino de la Casa Blanca.

Irish informaba del avistamiento de un objeto de gran tamaño. El objeto describía órbitas continuas en una cota superior en 18.000 metros a la del Hawk.

Las primeras apreciaciones del comandante Irish indicaban que se trataba de una masa metálica, de proporciones semejantes a las de un asteroide aplastado. Las medidas calculadas eran unos ochocientos metros de longitud, trescientos de ancho y un grosor de unos cien metros.

Tras una reunión de urgencia de los jefes de Estado Mayor con el Presidente, se ordenó a la tripulación del Hawk:

—Suban a diecisiete mil metros y observen de cerca a ese objeto. Esperamos información concreta en cuanto hayan alcanzado la órbita indicada.

Subir diecisiete mil metros supuso para el Hawk el gasto de casi todo el combustible disponible para el posterior aterrizaje. Sin embargo, el objetivo se alcanzó en las primeras horas de la madrugada del 7 de diciembre. Y el segundo informe llegó pocos minutos después al Pentágono.

> Las observaciones llevadas a cabo, a menos de diez mil metros de distancia, indican que se trata de un objeto de forma aplanada, de aproximadamente las medidas indicadas en el primer informe, contextura metálica y forma ovalada, con leves protuberancias arriba y abajo como la concha calcárea de un calamar.

Toda la superficie metálica de esta especie de astronave aparece cubierta de unos relieves circulares a modo de ventosas de pulpo.

Su exterior es de un color marrón oscuro, sin brillo, de apariencia terrosa, áspera.

Nuestra radio ha captado una señales de gran potencia, que indudablemente proceden de la mesa que tenemos encima de nosotros.

Nuestro traductor electrónico de claves ha intentado descifrar esas señales —posiblemente coherentes, como un mensaje—, pero no hemos obtenido ningún resultado.

Continuamos el seguimiento, abandonando necesariamente nuestra misión anterior. Aguardamos nuevas órdenes.

Comandante Clark Irihs

Nueva conmoción en el Pentágono. Irish deducía que aquel objeto en órbita era una astronave. ¿De dónde procedía, cuál era su origen, cuáles las intenciones de los seres —presuntamente inteligentes— que guiaban aquella enorme masa metálica?

Un informe complementario, procedente del Hawk, añadía nuevas e inquietantes interrogantes.

Las mediciones electromagnéticas y otras evaluaciones demuestran que este macro-objeto está circunvalandonuestroplaneta desdehacemásdetresmeses.

El objeto deja en pos de sí una estela casi palpable, de color violeta, cuya naturaleza nos es absolutamente desconocida.

Analizadores electrónicos y químicos a bordo del Hawk evidencian actividades eléctricas, electrónicas y químicas a bordo de esta especie de astronave. Hay un ente inteligente

a bordo, si bien ignoramos si se trata de seres vivos o meras máquinas o automatismos, más o menos sofisticados.

Las señales que envía constantemente esta astronave, a la que llamaremos en adelante Big Shell (Gran Concha), van dirigidas, sin duda alguna, a la Tierra. Nuestra opinión es que desde Big Shell se están enviando continuamente cierta información, que, por ahora, nos sentimos incapaces de interpretar.

Aguardamos nuevas instrucciones.

Comandante Clark Irish

En la reunión urgente de esa noche en el Salón Oval, el Presidente planteó la cuestión:

—¿Creen ustedes que. la existencia en órbita de Big Shell guarda alguna relación con el asunto Lovelock y con la presencia en varios de nuestros estados de hordas de antropoides, de procedencia desconocida?

La respuesta fue afirmativa. El general Langston Woolf resumió la opinión de los expertos del Pentágono.

—Opinamos que estamos sufriendo una agresión de criaturas venidas del espacio exterior. Es decir, de alienígenas. Sin embargo, el peligro no parece extremo. El ejército ha destruido a varias hordas de esos invasores, sin gran dificultad. Aunque sospechamos que varios miles de esos alienígenas campan aún en los bosques de California y Oregón, Idaho, en la zona montañosa de Trinity Range, nuestras tropas irán eliminando a tales enemigos en los próximos días. Al fin y al cabo, sólo se trata de animales, de manadas de grandes monos que no poseen inteligencia superior. Prueba de ello son las rudimentarias armas que hemos logrado arrebatarles:toscas hachas de piedra, mazas arrojadizas, lanzas de madera con puntas de pedernal...

Robert Dufftin, uno de los asesores del Presidente, pidió la palabra, que le fue concedida.

—Me permito señalar que la amenaza no proviene únicamente de los antropoides. ¿Qué me dice de esa colosal astronave llamada Big

Shell? Parece un ingenio superior, que muy bien podría ser una máquina de guerra —opinó Dufftin—. En cualquier caso, su presencia tan próxima a nuestro planeta se me antoja inquietante.

Surgió una viva polémica entre los asesores civiles y milita res de la Casa Blanca. El Presidente escuchaba con atención los argumentos esgrimidos por unos y otros. El general Woolf se inclinaba por conservar la calma, seguir el curso de los acontecimientos próximos y adoptar posteriormente una decisión prudente y razonable. Por el contrario, los asesores personales —civiles— del Presidente, con Robert Dufftin a la cabeza, optaban por una acción tajante, «una verdadera demostración de fuerza respecto a la nave alienígena», según expresó literalmente.

El Presidente adoptó una decisión intermedia. Allá en las alturas, el comandante Irish recibió una propuesta que era a la vez una consulta:

—¿Podrían abordar la Big Shell, acercar el Hawk a esa astronave, investigar...?

—Lo intentaremos —respondió animosamente Irish.

El Hawk derrochó otra cantidad importante de combustible en su intento de aproximación a la Big Shell, que se consiguió pocas horas más tarde.

El Hawk se adhirió a la protuberancia inferior de la mastodóntica astronave y tres cosmonautas examinaron el áspero fuselaje y sus extrañas prominencias en forma de círculos.

Con gran audacia y decisión recorrieron el exterior de la astronave, en busca de algún intersticio o entrada practicable. Y cuando el sol comenzaba a iluminar la costa atlántica del gran país americano, llegó el tercer mensaje procedente del Hawk:

> No hemos descubierto ningún acceso practicable. Se diría que el fuselaje de este ingenio es de una sola pieza, inatacable. La plancha tiene consistencia metálica, aunque recubierta de algún material más ligero, duro y mate. Hemos aplicado un soplete muy potente, pero el fuselaje no ha recibido el más mínimo daño.
>
> Aguardamos nuevas instrucciones.

Dos minutos después de recibido el mensaje, y mientras se producía una tensa deliberación en la Casa Blanca, llegó otra comunicación urgente del Hawk.

—¡De improviso se ha abierto una escotilla ovalada en el fuselaje de la Big Shell! Podemos ver la luminosidad verdosa que escapa del interior. ¿Qué hacemos?

La respuesta fue inmediata.

—Entren. Exploren el interior de ese ingenio. Comprueben si existen seres vivos a bordo.

Arriba, en el Hawk, Irish y los demás tripulantes cambiaron miradas cargadas de tensión. Finalmente, el comandante dijo:

—¡Vamos allá! —y abandonó su nave arrastrado por su' propulsoragas.Otrostrescosmonautaslosiguieroninmediatamente.

Una extraña e intensa emoción les sacudió cuando penetraron en la Big Shell a través del ovalado acceso. La luz verde traspasó sus cuerpos, convirtiéndoles fugazmente en enormes orugas fitófagas.

Desde Washington, más de cuarenta personas aguardaban impacientes el regreso de la exploración. Treinta minutos más tarde, el comandante Irish comunicaba:

> Hemos recorrido minuciosamente cada recoveco de esta enorme nave y no hemos hallado ningún ser vivo. Nuestra opinión es que las entrañas de la Big Shell componen una máquina colosal, como una especie de monstruoso cerebro electrónico.
>
> Hay grandes espacios vacíos y numerosos conductores blindados recorren los costados de la astronave. Hemos visto raras máquinas y elementos gigantescos que nos son por completo desconocidos. Nada en este ingenio recuerda cuanto conocemos respecto a artilugios y máquinas

electrónicas terrestres. Ni siquiera hemos podido adivinar cómo se acciona la escotilla que nos permitió el paso. En cuanto salimos de la astronave, esa escotilla ovalada volvió a cerrarse.

Intentamos hallar los intersticios de unión con el fuselaje, pero no los hallamos. La compuerta parecía haberse fundido con su marco metálico.

Regresamos al Hawk y aguardamos nuevas instrucciones.

Inmediatamente, el Presidente ordenó a sus asesores que le presentasen una opción a adoptar. Pacientemente, sin traslucir sus sentimientos más íntimos» escuchó las diversas opiniones,inclusoladeArchieHubbard,quienmanifestó:

—Señor Presidente, en una situación como ésta, ¿no sería prudente informar al presidente de la Unión Soviética? Aún no sabemos qué clase de peligros nos está amenazando, aunque sabemos que procede del exterior. En caso de catástrofe, interesaría mucho contar con la solidaridad de los soviéticos.

La proposición del asesor Hubbard no fue tenida en cuenta. En realidad, nadie se explicaba por qué el Presidente mantenía en su equipo de asesoría al pusilánime, gris y excesivamente prudente Archie Hubbard.

A las nueve de la mañana, el comandante Irish recibía a bordo del Hawk una orden tajante:

—Retírense del Big Shell a distancia suficiente y disparen contra esa astronave sus ojivas nucleares. ¡Destruyan al enemigo!

La nave Hawk se separó del Big Shell, preparada para el ataque. Antes de que los proyectiles nucleares fueran disparados, la astronave se perdió en el espacio. Una avería a bordo del Hawk precipitó la pérdida de la órbita y su acelerada caída hacia la Tierra. Hubo una gigantesca llamarada. El Hawk acababa de desintegrarse en el aire.

CAPITULOXI

El día 10 de diciembre, la Base Aérea de Garfield Banks (Oregón), fue tomada por un grupo de individuos disfrazados con uniformes militares.

A pesar de los sofisticados sistemas de seguridad, a pesar de los dos mil hombres de guarnición y de sus modernísimas armas, los invasores se apoderaron de todas las instalaciones en poco más de sesenta minutos.

Desde el jefe de la base, general Tornkey, hasta el último soldado, todos fueron neutralizados y encerrados en los subterráneos de los silos atómicos.

La noticia llegó a la Casa Blanca y al Pentágono, simultáneamente, a través de los servicios de seguridad. Un automatismo que enlazaba las distintas unidades de defensa enviaba cada treinta minutos una señal a todas las bases. La señal, en clave, debía ser contestada en cinco minutos, como comprobación de que no se había producido ninguna anormalidad. Garfield Banks no contesto a la llamada-clave de las tres de la madrugada de ese día. Instantáneamente cundió la alarma.

Los servicios de inteligencia hicieron varias comprobaciónnes a las tres y quince minutos. No hubo respuesta. Cinco minutos después, el general Langston Woolf, jefe del Estado Mayor, telefoneaba al jefe de la Base Aérea de Garfield Banks. Una voz opaca contestó:

—El general Tornkey se encuentra detenido, y también la guarnición. Esta base se encuentra en nuestro poder.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió Woolf, notando que un escalofrío recorría su recia espalda.

—No contestaremos a esa pregunta. Les apercibimos de que, en caso de ataque a esta base, estamos en situación de utilizar el armamento nuclear en nuestro poder —le respondieron.

Minutos más tarde, se envió un nuevo mensaje a Garfield Banks, esta vez por radio. No se recibió ninguna respuesta.

Los jefes del Pentágono se reunieron urgentemente en la Casa Blanca, a la que habían acudido también los asesores del Presidente.

—Hemos de tomar una resolución —declaró éste, con un leve temblor en el labio inferior, más caído que de costumbre—. Se me antoja descabellado que una de nuestras bases más seguras haya caído tan fácilmente en poder de un grupo de enemigos, de los cuales ni siquiera conocemos su número y su filiación. ¿Qué pueden decirme al respecto?

Mientras los generales deliberaban con el ministro de Defensa, Archie Hubbard se acercó al Presidente y susurró unas frases a su oído.

—¡Imposible? —estalló el jefe de la nación—. ¡Jamás escuché nada más descabellado! Si no te conociera bien, Archie pensaría que has bebido más de la cuenta.

—Y. sin embargo, es la única explicación lógica, señor Presidente — insistió el flemático Hubbard.

Se retiró prudentemente al advertir el rictus iracundo que fruncía el rostro macilento del Presidente, el cual, tras inspirar con dificultad durante unos segundos, llamó la atención de los reunidos.

—Señores: quiero conocer sus opiniones, uno por uno. ¿General Woolf?

—Señor Presidente: creo que lo más acertado es destruir la Base Aérea de Garfield Banks —respondió el jefe del Estado Mayor.

—Pero ¡eso significaría el holocausto de dos mil personas entre jefes, oficiales y soldados! —protestó Hubbard con ardor desconocido —. ¿Ignora usted, general, que los silos de Garfield Banks guardan unas ciento cincuenta ojivas nucleares?

—Lo tengo muy en cuenta, señor Hubbard —respondió Woolf—, pero considero que las personas que se han apoderado de la base podrían utilizar ese armamento atómico contra el resto de la nación. Es preciso destruirlos, aunque para ello tengamos que sacrificar a dos mil de nuestros camaradas, prisioneros de un grupo de fanáticos desconocidos.

—¿Dufftin? —consultó el Presidente al más cercano de sus colaboradores.

—Mi opinión coincide con la del general Woolf: ataque inmediato a Garfield Banks —replicó el consultado.

La mayoría de los colaboradores de la presidencia se expresaron en términos parecidos. Sólo Archie Hubbard se opuso categóricamente.

—Un ataque a Garfield Banks, con ingenios nucleares, tendría una repercusión incalculable. Los habitantes de las ciudades vecinas, unos ciento cincuenta mil, serían arrasados en pocos segundos, además de numerosos bienes, ganado y extensas superficies de bosques y praderas. Sin contar con la guarnición y la propia base, todo ello de un valor incalculable.

—¿Qué es lo que propone, como alternativa? —indagó el Presidente.

—Se impone un compás de espera. El ejército podría rodear discretamente la Base de Garfield Banks y mantenerse a la espera de acontecimientos. Todo lo. demás sería una locura. Recuerden el ultimátum de los invasores: «En caso de ataque a esta base, podríamos utilizar el armamento nuclear en nuestro poder.» No han dicho «vamos a atacarlos», ténganlo todos en cuenta. En mi opinión, no corremos un peligro inmediato —declaró Hubbard.

La repulsa de los militaresy del mismo Robert Dufftin fue evidente. Entretanto, el Presidente se restregaba reflexivamente los irritados párpados. Se sentía agotado, desbordado por los acontecimientos. Primero había sido la lluvia de gelatina en Lovelock, luego la invasión de los antropoides, posteriormente la aparición de la enigmática astronave Big Shell, la trágica desaparición del ingenio Hawk, y finalmente la ocupación de la Base Garfield Banks por una horda de locos fanáticos.

El Presidente era un hombre de edad provecta, escéptico y pragmático. Archie Hubbard mantenía que los invasores dela Base Garfield Banks eran unos alienígenas. Hasta entonces, para el Presidente la posibilidad de una invasión procedente del espacio exterior era tanto como creer en los cuentos de hadas. Y sin embargo...

Alzó lentamente la mirada y dijo:

—Me inclino por el compás de espera propuesto por mi ayudante Hubbard. General Woolf, unidades del ejército se dirigirán urgentemente a Garfield Banks, pero no se procederá a ninguna acción violenta. Señor Shelley —se dirigió al jefe de la CIA—: usted estudiará la posibilidad de infiltrar a algunos de sus agentes en la base tomada por el enemigo. Ahora me retiraré a descansar por breve plazo. Consultaré de nuevo con ustedes dentro de unas horas.

* * *

El profesor Curley apareció repentinamente en su casa de Glendale. Se había afeitado y acicalado y vestía un traje gris bien planchado. Su aparición sorprendió vivamente a Tue. que apenas había cambiado unas palabras —por teléfono— con su padre a lo largo de los últimos días.

Curley aceptó el abrazo de su hija y dirigió una mirada por encima de su hombro.

—¿Dónde está? — preguntó.

Sobre el diván se veía un chaquetón de Theo Hangsting. No había que preguntar si el profesor se refería a él: era evidente.

—Lo llamaron por teléfono, hace media hora. Theo fue a buscar algunos documentos a su apartamento de Pico Boulevard. Pronto estará de vuelta — le informó Tue.

El profesor no hizo ningún comentario. Parecía aceptar —si no de buen grado, con resignación— el lazo afectivo entre su hija y el periodista.

Mientras su padre se servía un poco de brandy en una copa, Tue se lo quedó mirando con una mezcla de satisfacción e inquietud.

—Así que has vuelto —expresó—. ¿Dónde está Primus?

Un velo de tristeza veló los ojos azules del profesor Curley.

—Se marchó.

—Pero...

—Había alcanzado ya su evolución total, su estado superior. Durante los últimos días se interesó profundamente por cuestiones tales como nuestro sistema de Gobierno, nuestro régimen político y por la figura del Presidente. Día a día fueron cambiado sus facciones. Finalmente, no quedó de él ni rastro de su anterior tosquedad. Cuando se marchó, Primus era una verdadera persona, un ser de inteligencia superior — relató Curley.

Probó un sorbo de licor. Tue lo contemplaba con interés.

—¿Se marchó? ¿Así, por las buenas? ¿Adónde pensaba ir?

—No lo sé. Ayer hizo algunas declaraciones. Dijo que tenía que cumplir una importantísima misión, que tenía que reunirse con los suyos en algún lugar, que finalmente emprenderían todos un larguísimo viaje. Por curiosidad grabé toda la conversación, quizá como un recuerdo, o como un documento más de mi experiencia. Sin embargo…

—¿Qué?

—Primus y las otras criaturas que hayan evolucionado como él están llamados a desaparecer pronto, vertiginosamente. ¿No lo entiendes? Por alguna razón indescifrable, ellos han cumplido en pocos meses lo que para el hombre actual duró millones de años. La propia naturaleza de sus organismos les condena a una rápida muerte, debido precisamente a su vertiginosa conversión de células simples en el más elaborado producto de la Creación, como es el Hombre.

Movió la cabeza en un ademán fatalista y declaró:

—Hace tres días, Primus era un joven. Esta mañana, cuando se despidió de mí, era un viejo. Ayer fui al pueblo próximo y le compré un buen traje de confección, de acuerdo con su talla. Vestido, calzado y bien rasurado, tenía el aspecto de un viejo caballero. Le hice algunas fotografías antes de que nos despidiéramos. Con mi cámara de revelado instantáneo. Míralas.

Sacó unas brillantes cartulinas de su bolsillo y las mostró a su hija.

Tue las tomó con avidez y estudió la sólida silueta de unhombre de unos setenta años que lucía una característica sonrisa en los labios.

—Te has debido equivocar, papá. Este no puede ser Primus. Es el Presidente de los Estados Unidos —exclamó, devolviendo las fotografías a su padre. Pero él no las cogió y Tue volvió a mirar.

Detrás del hombre que sonreía, podía divisarse el porche de la granja del valle de San Fernando.

Mirando por encima del hombro de su hija, Adam Curley teníaunasonrisaenigmáticaprematuramenteenvejecido.

CAPITULOXII

Tue Curley no había dicho toda la verdad a su padre res- . pecto a la ausencia de Theo Hangsting. Cierto que Theo se había marchado a su departamento para recoger ciertos documentos, pero su ausencia se debía a motivos fuera de lo común.

Aquella misma mañana, mientras Tue y Theo desayunaban en la cocina, él recibió una llamada telefónica. Fue ella quien la atendió. Y al momento volvió a la cocina.

—Adivina de dónde te llaman, cariño.

—¿De la redacción de *Herald?*.

—¡De la Casa Blanca! —anunció ella, estupefacta. E inquirió—: ¿Desde cuando tienes tú relaciones con las altas esferas?

—Desde siempre, querida, desde siempre —bromeó él, aunque se sentía sorprendido como Tue—. ¿Cómo se llama esa persona?

—Archibald Hubbard, asesor personal del Presidente, según élmismo acaba de confesar.¡Ve,te estáesperando!

Poco después, Hangsting escuchaba la voz de Hubbard.

—Hablé por teléfono con su director, el señor Winterman. El me dio este teléfono. ¿Podría trasladarse inmediatamente a Washington, señor Hangsting?

—¡Caramba! —estalló Theo—. Es una proposición precipitada. ¿Qué desea de mí, señor Hubbard?

—Es... acerca de uno de sus reportajes en el *Herald*. Algo que empezó con una insólita lluvia de gelatina marrón, en las inmediaciones de Lovelock, Nevada, la tarde del día 10 de octubre pasado. Tengo un gran interés en hablar con usteden privado, Theo. Se trata de algo relacionado con la seguridad de la nación. ¿Puede tomar un avión inmediatamente? Lo tengo todo arreglado. Un turborreactor especial le está aguardando en el aeropuerto. ¿Qué le parece?

Tue estaba escuchando con la oreja pegada al auricular. Theo la miró de reojo. Ella asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Pasaré por mi apartamento y recogeré algunos documentos que

pueden resultarle interesantes, señor Hubbard. Y de allí me trasladaré al aeropuerto —dijo Theo a través del hilo telefónico.

—En ese caso, tome el automóvil color verde metalizado que tiene a la puerta. Es un Ford-Mustang muy rápido. Le estoy muy agradecido, Theo. Tráigase cuanto pueda parecerle interesante.

—Así lo haré, señor Hubbard —replicó Hangsting.

Besó a Tue en los labios y se asomó a la calle. El Mustang verde estaba aparcado frente a la casa de los Curley. Había un hombre joven al volante.

—Volveré en cuanto pueda —prometió a Tue—. Ahora, creo que debo echarles una mano.

—Suerte, amor mío — fe deseó ella.

Tue permaneció en estado de tensión las horas siguientes, sobre todo después de la conversación mantenida con su padre. A Theo le interesaría muchísimo conocer algunos detalles del problema y Tue aguardaba, impaciente, su llamada.

Pero el teléfono no sonó hasta las doce de la noche, cuando ella se disponía a irse a la cama.

—Buenas noches, cariño —oyó la familiar voz de Hangsting—. Acabo de despedirme de míster Hubbard, y mañana, es decir, dentro de unas horas, emprenderé el regreso a Los Angeles.

—¿Y bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Estoy al tanto de algunos secretos que harían la felicidad de un buscador de la noticia como yo. Lástima que nunca podré publicar lo que sé: lo he prometido solemnemente a Archie Hubbard.

—¡Vamos, suéltalo de una vez! —exigió ella, ávida de noticias.

Theo le contó el episodio del descubrimiento de la Big Shell por los cosmonautas del Hawk y la posterior desaparición de éste. Relató también los hechos de la Base Aérea Garfield Banks y la tensa actitud de los jefes del Pentágono y determinados miembros del Gobierno.

—Hubbard tenía una idea aproximada respecto a la repercusión de aquel fenómeno de lluvia gelatinosa en Lovelock. Yo le dije la verdad, todo lo que sabía. Le conté todo, a excepción de la existencia de

Primus, puesto que prometí a tu padre guardar silencio. Hubbard es un excelente interlocutor, un hombre atento que jamás interrumpe y sabe extraer acertadas conclusiones de lo que se dice. En resumen: Hubbard no tiene empacho en relacionar el caso Lovelock con la invasión de hordas de antropoides y la aparicición de la astronave bautizada con el nombre de Big Shell y la ocupación de la Base de Garfield Banks por un puñado de desconocidos. Incluso ha arriesgado cierta teoría.

—¿Cuál? —exclamó Tue, ansiosa.

—Hubbard cree que Big Shell es la responsable de la lluvia de gelatina en Lovelock. En la gelatina estaba el germen de vida necesario para la generación de seres humanos como nosotros, que se alcanzaría a través de una evolución muy acelerada. Dijo: «Quizá esa creación no podría conseguirse en el espacio exterior. En la Tierra existen las condiciones apropiadas para que se produzca un fenómeno de tales circunstancias.»

— ¡Theo! Mi padre pensó lo' mismo desde el primer momento.

—Eso le dije a Hubbard. El piensa que Big Shell aguarda arriba con la misión de recoger a estos hombres nuevos, que quizá sean transportados a algún punto remoto del Universo, el probable origen de esa colosal astronave —añadió Hangsting—. Tue, ha estado a punto de ocurrir algo espantoso. Los jefes del Pentágono propusieron al Presidente atacar con armas nucleares la Base de Garfield Banks, lo que hubiera supuesto una terrible catástrofe. Por fortuna, Hubbard ha conseguido impedir esa tragedia, hasta ahora. Cuando nos despedimos,se proponía entrevistarseurgentemente conelPresidente. Me dijo que podía volver a mi ciudad, pero me preguntó si podría disponer de mí en caso necesario.

—Y le respondiste que sí.

—Me conoces bien. Sí, respondí afirmativamente. El temible Hangsting también tiene su corazoncito.

—Theo, hay algo que debes saber. Y quizá tengas que comunicarte con Hubbard antes de regresar —advirtió Tue—. Primus se ha marchado. Dijo algo que puede estar relacionado con la teoría de Hubbard. Papá le compró un traje y le dejó ir. Le hizo unas fotos, Theo. ¡Primus es una copia fiel de nuestro Presidente!

—Pero ¿qué dices? ¿Has bebido de más? —exclamó el periodista.

—No he bebido más que agua. Pero te digo la verdad, Theo. Te convencerás cuando estés aquí.

Hubo una pausa. Al cabo, se oyó de nuevo la voz de Hangsting.

—Voy a llamar a Archie Hubbard. Creo que resultará interesante. Buenas noches, amor. Volveré mañana, que aquí ya es hoy. Un beso, Tue.

—Un beso,mi fiel podenco —replicó ella.

***

—Adelante, Archie. Siéntate. Quiero que charlemos un rato. Ahora estamos solos, tú y yo. He dado orden de que nadie nos moleste.

Hubbard obedeció, asombrado. El hombre que se sentaba al otro lado de la mesa no parecía el mismo que se había retirado de la anterior sesión de urgencia con las mejillas flácidas, la tez pálida, los ojos sin brillo y la mandíbula inferior caída.

Tenía ante sí al Presidente, cierto, pero parecía otro hombre. La viveza de su mirada, el saludable color de sus mejillas —que nada tenía que ver con el habitual maquillaje para las apariciones ante la televisión—, la tersura de su rostro bien afeitado, la firmeza de sus labios, incluso la solidez yblancura de sus dientes... Todo había cambiado. El Presidente parecía haber recibido una increíble inyección de vitalidad.

—Señor Presidente, me gustaría que tratásemos preferentemente el tema de Garfield Banks —dijo Hubbard, con su acostumbrada timidez.

—¿Garfield Banks? ¡Ese problema carece de importancia! —replicó el Presidente, jovial—. Hay otros asuntos que quisiera estudiar contigo, Archie. Tengo confianza en ti, aunque quizá no haya sido muy explícito hasta ahora.

—Señor Presidente, yo...

—Creo que estamos yendo demasiado lejos en política exterior. He pensado que debemos continuar las conversaciones con los soviéticos y suavizar nuestra postura. También habremos de rectificar nuestras

posturas en CentroAmérica, en Extremo Oriente. Creo que hemos exagerado un tanto apoyando algunos regímenes evidentemente extremistas… ¿Cuál es tu opinión al respecto, Archie? —consultó el Presidente.

Hubbard parpadeó, desconcertado. En docenas de ocasiones había planteado al Presidente aquellas cuestiones. Firmeza, sí, pero no agresividad en la política exterior. Distensión, estrechamiento de lazos, ausencia de paternalismo y proteccionismo, abandono progresivo del intervencionismo. Ciertamente el Presidente jamás había querido hablar de ello. Y ahora se lo ofrecía en bandeja cuando… cuando Archie Hubbard deseaba hablar de otra cosa.

—Veo, por tu cambio de expresión, que apoyas un cambio de posición respecto a estos temas, Archie. Dame tu opinión. La tendré en cuenta.

Hubbard habló y habló. Fluidamente, sin descanso, durante dos largas horas. El Presidente asentía complacido, como si jamás hubiera disentido de la filosofía política que describía su asesor.

—Cambiaremos muchas cosas, sí. Es prudente rectificar, Archie. Te lo digo por si un día llegas a ser Presidente. ¿Te apetece tomar algo, Archie? Has hablado mucho y bien. Debes tener la garganta seca. En aquella mesita hay licores y servicios de cristal. Sírvete un whisky.

De repente, Hubbard abrigó una duda inquietante. ¿Eraaquel hombre que se sentaba al otro lado de la mesa el verdadero Presidente de los Estados Unidos de América?

Se alzó con torpeza de su sillón y caminó hacia la mesita de servicio. La botella tembló ensumano cuando se sirvió un chorro de whisky sobre los cubitos de hielo. La idea diabólica se concretó en su mente mientras —de espalda— limpiaba escrupulosamente otro vaso largo con un paño blanquísimo.

—¿Le apetece zumo de naranja, señor Presidente? —preguntó.

—Sí, por favor, Archie. Un poco de zumo de naranja. Yo también tengo sed —escuchó la respuesta que aguardaba anhelante.

Puso los dos vasos en una bandeja de plata y sirvió el zumo. Volvió y dejó la bandeja en la mesa. El Presidente cogió su vaso y Hubbard el suyo.

—Ahora, si quieres, Archie, hablaremos de Garfield Banks.Adelante

—leinvitósuinterlocutoramablemente.

Hubbard bebió un poco de whisky.Miró al Presidente.

—Comprendo que no es fácil expresar lo que quiero decir, señor. Todo le parecerá… ¿cómo diría yo? Como un relato de ciencia ficción. Todo empezó a unas millas de Lovelock, Nevada, el día 10 de octubre pasado. ¿Recuerda aquel informe sobre una lluvia gelatinosa…?

La conversación se alargó hasta bien entrada la madrugada. El Presidente no demostraba cansancio ni fatiga. Cuando Hubbard terminó de hablar, el hombre que se sentaba tras la mesa se incorporó ágilmente.

—Reconozco que es fantástico, Archie, pero ¿por qué no ha de ser posible? Tenemos los testimonios del Hawk: demuestran el avistamiento de una astronave de grandes dimensiones e insólita apariencia… Algo inconcebible para una mente, pero absolutamente real. Te prometo que no admitiré ninguna proposición aventurada respecto a Garfield Banks. Probablemente, la situación se resuelva por sí misma. Ahora, creo que ha llegado la hora de descansar. ¿Quieres devolver mi vaso al carrito de las bebidas, Archie? Mi secretario se encargaré de despedirte. Buenas noches, Archie.

—Buenas noches, señor Presidente —respondió Hubbard.

Y en cuanto estuvo a solas, cogió el vaso de la naranjada y se lo guardó en el bolsillo.

Algo más tarde, Archibald Hubbard marcó un número de teléfono. Correspondía al domicilio de William Manley, un agente del FBI, experto policía adscrito a los servicios de seguridad de la Casa Blanca. Manley y Hubbard eran amigos desde hacía largos años y entre ellos existía una gran confianza.

—¿Bill? Soy Hubbard. Necesito un pequeño favor.

—Hola, Archie. ¿De qué se trata?

—Quiero comprobar las huellas dactilares impresas en un vaso. Sobre el borde superior aparecerán las mías. Pero hay otras. Necesito saber si son las del Presidente —explicó Hubbard.

Se oyó el resoplido de Manley.

—Asunto de alto secreto, ¿verdad? ¿Es urgente?

—Sí. ¿Cuándo podrás hacerlo?

—Ahora mismo, si te tomas la molestia de venir a mi casa. Tengo un pequeño equipo profesional aquí. Y las huellas del Presidente las conozco de memoria. Forma parte de mi trabajo.

—Muy bien. Voy allá —decidió Hubbard.

Antes de amanecer, estaba en posesión del más sorprendente de los secretos que un loco hubiera podido imaginar: el hombre que se hacía pasar por el Presidente era un impostor.

Manley lo había dicho tajantemente.

—No. No son las huellas de nuestro Presidente. Hay otras que coinciden exactamente con las impresiones de tu documento de identidad. Son las tuyas, evidentemente. Pero las otras son de un desconocido. ¿Quieres que las busque en los archivos?

—No es necesario. Es muy improbable que pudieras encontrarla —respondió Hubbard, ensimismado.

Volvió a casa, de madrugada. Las calles y avenidas de Washington estaban desiertas.

—¿Dónde estará el verdadero Presidente? —se planteó, muy inquieto—. Y, sobre todo, ¿quién es el hombre que ocupa su puesto?

Encuantollegóacasa,hizounallamadatelefónica.

—¿Theo Hangsting? Le ruego que no se mueva de Washington. Me temo que muy pronto voy a necesitar de usted.

CAPITULOXIII

Durante la noche, tropas transportadas en grandes helicópteros llegaron a las inmediaciones de la Base Garfield Banks, que fue rodeada por los soldados en todo su perímetro. Las tropas, al mando del general Briam Libby, tomaron sus posiciones a unas tres millas de la valla de seguridad de las instalaciones militares, a la espera de instrucciones.

Secretamente, Brian Libby deseaba recibir la orden de ataque. Las fuerzas que mandaba estaban compuestas por unidades de experimentados y duros *marines,* ansiosos por entrar en combate.

Durante la madrugada, el general Libby mantuvo cierta conversación en clave con Doug Shelley, director de la CIA.

—No hay luces en todo el perímetro de la Base —informó Shelley —. Tampoco se han detectado indicios de actividades en las instalaciones. Sin embargo, cincuenta de mis agentes han conseguido penetrar en la Base y aguardan emboscados la señal de ataque. Según hemos establecido, apenas son treinta hombres los que consiguieron apoderarse de la Base y encerrar a dos mil soldados. Personalmente, me parece ignominioso que un pequeño grupo de sediciosos mantenga en su poder a dos mil de nuestros hombres. ¿Cuál es su opinión, general?

—Coincide absolutamente con la suya, Shelley. Nada me gustaría más que entrar al frente de mis *marines.* Fusilaríamos inmediatamente a esos insurgentes, pero... Por desgracia, tengo las manos atadas. El Presidente dirige personalmente todas las fuerzas militares. Como ve, no puedo actuar sin

la orden previa del Presidente —respondió Libby, sin disimular su irritación.

—Es inconcebible la actual actitud del Presidente —criticó el director de la Agencia Central de Inteligencia—. En otras ocasiones, siempre mantuvo una actitud decidida, dura y firme. Ahora... Ahora se debate en la duda y deja pasar el tiempo de forma lamentable. Por mi parte, le confieso que he tomado algunas iniciativas.

—Por ejemplo... —replicó Shelley.

—Veinte de mis agentes están apostados en los montículos de los silos atómicos y aguardan la oportunidad de introducirse en los

subterráneos. Si esto fuera posible, tienen órdenes terminantes: acabar a sangre y fuego con los invasores.

Libby no quiso comprometerse con ningún comentario. Sólo pidió a Shelley que se mantuviera en contacto radiofónico con él y le informase periódicamente acerca de los movimientos de los hombres de la CIA.

Antes de amanecer, el general recorrió las unidades a su mando. Tanto los oficiales como los soldados daban muestras de ansiedad y tensión. Evidentemente, los militares estaban ansiosos por derribar las alambradas y penetrar en la Base Garfield Banks.

Entretanto, un informe urgente era enviado a la Casa Blanca. Las estaciones de alerta y control del Pacífico habían detectado minutos antes la aproximación de una nave no identificada que se acercaba a la Costa Oeste a gran velocidad.

Informado al punto el Presidente, su reacción dejó estupefactos a los generales del Pentágono:

—Ninguna acción ofensiva por el momento. Mantengan bajo su control a esa nave. Eso es todo.

Poco después llegó un nuevo mensaje, éste del Observatorio Meteorológico de Whitesands.

—Detectado un gran objeto de color marrón mate, semejante a un enorme aerolito, sobre Redsport, Oregón. Su altitud es de unos noventa mil pies y su longitud supera los ochocientos metros. Alarma general. Podría tratarse de un asteroide que va a estrellarse contra nuestro suelo.

Inmediatamente, el general Wyllard Naylor, jefe de las Fuerzas Aéreas propuso al Presidente:

—Aún estamos a tiempo, señor. Podemos destruir ese granobjeto en el aire, antes de que se estrelle contra la Tierra.

Una sonrisa enigmática distendió las facciones del hombre poderoso de la gran nación americana.

—Serenidad, Wy. Estoy seguro de que no nos amenaza ningún peligro. Hay que mantener la calma por encima de todo.

—Pero ¡señor Presidente, la situación…!

La situación era tensa entre los altos mandos militares y civiles que se habían reunido aquella noche en la Casa Blanca. Aquellos personajes preeminentes no podían justificar de ningún modo la actitud del Presidente, tan pasiva e indiferente en una situación de ALTO riesgo.

Transcurrieron lentamente los minutos. Desde el Observatorio de Whitesands llegaron noticias complementarias.

—¡Algo inaudito! El asteroide, que se acercaba con tremenda velocidad a Redsport, ha evolucionado de forma incomprensible y se aleja hacia el sur. Ha desaparecido entre los cirros situados hacia Gulf Beach, aunque aún podemos seguirlo en nuestros radares. Vuela a unos setenta mil pies de altura y se desplaza a velocidad fulminante hacia el sur. Continuamos el seguimiento hasta donde nos sea posible.

Con desacostumbrada rigidez, el general Naylor se acercó al Presidente, que conversaba en actitud confidencial con Archie Hubbard.

—Señor, ahora estamos seguros de que no se trata de un aerolito o un gran asteroide. Esa mole que se desplaza vertiginosamente a lo largo de nuestras costas debe ser una gran astronave tripulada, probablemente un ingenio soviético. El momento es crítico, señor, Solicito su autorización para ordenar que nuestra fuerza aérea despegue, siga a esa nave y la destruya en el aire antes… antes de que seamos objeto de un devastadorataquenuclear—pidióNaylorfervientemente.

La sonrisa del Presidente lo desarmó.

—¿Peligro de un ataque soviético, Wy? Desde luego que no. Acabo de mantener una conversación telefónica con el presidente de la URSS. Una conversación muy amistosa y distendida, que abrirá nuevos caminos para el entendimiento de ambas naciones.

La declaración causó un fuerte impacto entre los personajes que asistían a la conferencia. Pero el Presidente no les dio tiempo a posteriores especulaciones.

—En cuanto a nuestro problema en Garfield Banks, he decidido trasladarme allí urgentemente. Resolveré ese asunto personalmente, asesorado por mi ayudante, Archie Hubbard.

Antes de que los consejeros civiles y militares tuvieran tiempo de reaccionar, el Presidente pronunció un saludo y abandonó el salón de

sesiones en compañíade Hubbard.

Lejos ya de oídos indiscretos, el Presidente habló al oído de Hubbard.

—Haz venir a Theo Hangsting. Tengo gran interés en que ese periodista nos acompañe a Garfield Banks.

* * *

—¡Es una locura, una verdadera locura! —se quejó el profesor Curley—. Un viaje nocturno e inesperado de centenares de millas. Verdaderamente, has debido volverte loca, hija. ¿QuésenoshaperdidoanosotrosenGarfieldBanks?

Eran las cuatro de la madrugada. Tuesday permanecía atenta a la conducción de su Toyota sin reparar demasiado en las lamentaciones de su padre.

Las carreteras estaban desiertas y la noche era muy fría. Por fortuna la calefacción del cochecito era suficiente para crear un ambiente confortable dentro del coche.

—Ya estamos llegando, papá Apenas nos faltan treinta millas —dijo.

Cansado de protestar, el profesor Curley se subió las solapas del gabán hasta las orejas, cruzó los brazos y se quedó dormido.

De improviso, Tue advirtió una fulgurante luminosidad en las alturas. El firmamento nuboso resplandecía con tal potenciaquelaslucesdelcochequedaronneutralizadas.

Asustada, Tue detuvo e! vehículo bruscamente. Su padre despertó.

—¿Qué es esto? —farfulló, desagradablemente sorprendi-do-7. ¿Hemos tenido un accidente, Tue? ¡Que apaguen esa luz insoportable! ¡Hiere la vista!

—No se trata de un accidente, papá —advirtió la joven, haciendo pantalla con ambas manos sobre su rostro—. Algo que brilla como un astro desciende entre las nubes... ¡Es fascinante!

La cegadora luminosidad atravesaba las oscuras nubes y expandía chorros de luz por doquier, hasta el punto que la noche se había convertido inesperadamente en día. Se distinguían con claridad meridiana los relieves del accidentado terreno, las distantes montañas en todo su esplendor, la línea sinuosa de la carretera, que semejaba una serpiente de plata.

A unas diez millas de distancia, el fenómeno fue advertido por los centinelas del general Libby. Los soldados que alzaron su mirada a las alturas quedaron cegados temporalmente y algunos sufrieron quemaduras de importancia en sus ojos.

El propio general Libby miró a las alturas a través de unas gafas de cristales oscuros, ansioso por descubrir la fuente de aquella fulgurante luminosidad que se extendía sobre una dilatada extensión de terreno. Libby parpadeó, deslumbrado y tuvo que cerrar los ojos y aun protegérselos con ambas manos para no quedar cegado.

Algo descendió sin ruido desde las alturas, pero nadie pudo establecer su naturaleza, porque ninguna mirada resistió la luz cegadora. El pánico se extendió entre los soldados, muchos de los cuales emprendieron locamente la huida, sin rumbo fijo.

El fenómeno luminoso terminó con la misma brusquedad que se había iniciado. Cesó la luz y la oscuridad fue más intensa y absoluta que nunca.

Tuesday Curley temió quedarse ciega. Sin embargo, al cabo de unos minutos vio lucir los faros de su Toyota, apenas dos trazos de luz amarillenta y mortecina.

—Da media vuelta y volvamos, Tue —la interpeló su padre—. Están ocurriendo cosas tan escalofriantes, que temo suceda una catástrofe.

—No puedo volver, padre. Necesito saber qué va a ocurrir en la Base de Garfield Banks. Theo viene hacia aquí en el jet presidencial. Debemos asistir al acto final. Aunque tú y yo ya tenemos una idea —replicó ella, poniendo el coche en marcha.

—Definitivamente loca —murmuró su padre, aterrado. Y se cobijó bajo su holgado gabán.

Pocos minutos más tarde, los faros del automóvil iluminaba una placa informativa: «Potterville, 13.000 habitantes. Altitud: 750 m.»

La ciudad permanecía solitaria, silenciosa y… a oscuras. Ni una sola luz brillaba en las calles, en las tiendas, en la estación de servicio, en las ventanas de las casas. Parecía unciudad muerta.

Un escalofrío envolvió a Tue. Apretó el acelerador, atravesaron Potterville y siguieron adelante.

CAPITULOXIV

El avión presidencial tomó tierra en las pistas de la Base Hendrix, a unas cincuenta millas de Garfield Banks.

Eran las diez de la mañana. El Presidente descendió del reactor acompañado del ayudante Hubbard y del periodista Theo Hangsting. Los tres se acomodaron en un gran automóvil negro, que abandonó en seguida la base aérea.

Hubbard ocupaba el asiento junto al conductor. Hangsting viajaba atrás, junto al Presidente.

—Un poco fatigado, ¿no es cierto, Theo? —preguntó a Hangsting. Y el periodista asintió, maravillado de que el Presidente, a pesar de una noche en blanco, pareciera tan fresco y pimpante como una rosa.

La escolta presidencial, compuesta por ocho vehículos de protección y una docena de agentes motorizados, envolvió el automóvildelPresidentecuandoalcanzaronlacarretera.

—¿Aún no me ha reconocido, Theo?

El periodista giró la cabeza y miró al Presidente. En la semipenumbra del vehículo, vio brillar un par de inteligentes ojos dorados.

Un pensamiento inquietante le embargó.

—Pero...No,¡noesposible!—murmuróHangsting.

—¿Por qué no? Soy Primus, en efecto. He comprendido, por su expresión de supremo asombro, que usted sospechaba la verdad.

—¡Primus! —murmuró Theo, fascinado—. ¿Cómo... cómo es posible que...?

—No fue difícil. Mi evolución intelectual se había adelantado a mi cambio físico. Poseía ya el completo control sobremí mismo, sobre mi organismo. Era preciso que yo fuese una copia fiel del Presidente de los Estados Unidos de América. Y mi cuerpo, mis facciones, fueron adoptando los rasgos necesarios hasta conseguirlo.

—Increíble... aunque sé que está diciendo la verdad. En tal caso, ¿dónde está el verdadero Presidente? —farfulló Theo Hangsting.

—Durmiendo tranquilamente en su lecho. Digamos que yo asumí sus funciones temporalmente, porque así conviene a los intereses de mi pueblo, de la raza de la que formo parte —confesó Primus.

Theo advirtió que el color de sus ojos, de azul grisáceo, cambiaban a voluntad por el tono dorado de los de Primus, el antropoide evolucionado bajo la protección del profesor Curley.

—Entonces, finalmente va a suceder cuanto yo había previsto...

—En efecto. Miles de seres de mi raza, evolucionados y perfectos, convergerán en la Base Garfield Banks hoy mismo. Desde allí, emprenderemos el regreso a nuestro origen.

—¿Dónde está su origen? —preguntó el periodista, ávido.

—Ni yo mismo lo sé. Pero puedo percibir en mi cerebro la llamada insistente de La Nodriza.

—¿La Nodriza? ¿Quizá esa astronave a la que los cosmonautas llamaron Big Shell.

—Sí, justamente. Por alguna fuerza ancestral incomprensible, tengo una idea de lo que ocurrió en el mundo remoto al que habremos de dirigirnos dentro de poco —declaró Primus—. El planeta fue prácticamente destruido por los ingenios bélicos de dos potencias antagónicas. Pero antes de que la superficie del planeta quedara arrasada y todos los seres vivos perecieran, fue lanzada al espacio La Nodriza. Serían precisos miles, quizá millones de años para que el planeta volviera a ser habitable. A bordo de La Nodriza viajó el germen de la vida durante un plazo comparable a una eternidad. Cuando llegó el momento, el cerebro de la astronave dejó caer su lluvia de células sobre la Tierra, lugar idóneo para nuestra generación y desarrollo como seres completos. Ahora todo está dispuesto:somos criaturas inteligentes, semejantes a nuestros remotos ancestros. La Nodriza espera para devolvernos al punto de partida...

Primus calló. Hangsting también permaneció silencioso y pensativo. De pronto dijo:

—Según me confesó, Hubbard sospecha la verdad. Es decir: ha descubierto que usted no es el verdadero Presidente.

Primus sonrió, bondadoso y comprensivo.

—Lo sé. Archie es un hombre muy inteligente y receptivo. Y una

persona de bien. El conoce la verdad, pero no interferirá mis designios. Intuye lo que ocurre y está dispuesto a colaborar. Nadie podrá evitar lo que es inevitable, amigo mío —dijo.

Media hora más tarde, la comitiva del Presidente se detenía en un motel de Klamath Falls. Numerosos policías rodeaban el edificio arropado por añosas sequoias.

—Descansaremos en este lugar hasta el anochecer. Es recomendable, para la seguridad de esta nación, que todo se lleve a cabo con prudencia y en secreto, Theo. ¿No le importa pasar unas horas en mi compañía?

—Me gustaría que fuesen más de unas horas, pero entiendo las cosas en su justa medida. Estaré junto a usted hasta que...

—Hasta el final, que será nuestro verdadero principio —replicó Primus, cuando el automóvil se detenía ante el motel—. No podemos esperar más o moriríamos. Nuestra vertiginosa evolución hace que seamos viejos en la Tierra. En La Nodriza estaremos a salvo de la muerte.

* * *

—Esta misma noche —dijo Hangsting a través del teléfono—. Tu padre y tú debéis manteneros a cierta distancia de Garfield Banks, como precaución. Según Primus, esta misma noche partirán todos hacia su destino.

—Eso era lo que mi padre, tú y yo habíamos previsto, ¿no es cierto, Theo? Y, sin embargo, se me antoja todo esto tan irreal...

—Pero es real. Tu padre, tú y yo lo hemos vivido hasta

sus últimas consecuencias. Aunque te parezca una pesadilla. No puedo seguir hablando, Tue. He sido autorizado a hacer esta llamada como concesión muy especial. Pero ahora debo terminar, Primus envía a tu padre un saludo muy particular, que al mismo tiempo es la despedida definitiva. Dentro de unas horas estaremos juntos, Tue. Buenas tardes, amor mío.

—¡Theo!Tengomiedodequeocurraalga.,terrible.

—Tranquilízate. Todo está previsto. Hasta pronto.

—Vuelve cuanto antes. No quisiera pensar que...

Pero la comunicación! se cortó y Tue quedó con el auricular junto al oído,en una actitud expectante y ansiosa.

* * *

El general Libby se resistía a creerlo.

—Retirada. Nuestras unidades deben regresar a sus acuartelamientos ahora mismo. Abandonar el asedio. Terminar —pronunció secamente ante la mirada atónita de su ayudante, el mayor Fortrow.

—Debe ser un error —clamó el mayor, crispadas sus angulosas facciones—. ¿Abandonar la base al enemigo? ¿Dejar desamparados a los agentes del Shelley, al otro lado de las alambradas? ¡Es una locura!

Libby le dirigió una mirada fría y desganada.

—Orden del Presidente. Acabo de recibirla de sus propios labios.

A las seis de la tarde, los vehículos que componían la división del genera! Libby se alejaban de Garfield Banks. Organizados en largos y ruidosos convoyes llegaron a la carretera. A los pocos kilómetros, se cruzaron con larguísimas hileras de vehículos con pintura de camuflaje. Aquello parecía un transporte militar de grandes proporciones. A juzgar por el número de vehículos que se dirigían a Garfield Banks, el general Libby calculó que los camiones o autobuses debían viajar miles de personas.

Tentado estuvo de interceptar los contingentes de vehículos, pero recordó que había recibido una orden terminante dictada por el mismísimo Presidente de la nación. Ofendidoy encolerizado, pero disciplinado, acató la orden de retirada.

—No debemos ser lo suficientemente buenos, mayor —dijo, sin disimular su indignación, a su ayudante, Fortrow—. Estas tropas vienen a relevarnos.

Libby ignoraba que los camiones y autobuses no iban ocupados por

personal militar, sino por hombres y mujeres que se disponían a iniciar un largo viaje hacia un mundo remoto, a través de las galaxias.

Durante las primeras horas de la noche, miles de vehículos fueron llegando de todas direcciones y confluyendo en la Base Garfield Banks.

En el motel de Klamath Falls, Theo Hangsting oía en la televisión al vicepresidente Busch, que hacía unas declaraciones relacionadas con las vacaciones de unos días que el Presidente Reagan pensaba gozar en una estación invernal de las montañas de Oregón.

Un locutor habló después del apagón general producido la madrugada anterior en una amplia zona, entre el norte de California y el sur de Oregón. Según el informador, el corte eléctrico se debía a una avería fortuita, provocada por una tormenta. La avería se había reparado inmediatamente.

Y en aquel momento justo se oscureció el televisor y se apagaron todas las luces. Hubo un momento terrible de confusión en el motel, mientras los guardaespaldas del Presidente recorrían los pasillos, linterna en mano, y una mujer gritaba en la cafetería.

Hangsting no se inmutó. Serenamente, ascendió a la terraza y esperó.

Súbitamente, el firmamento entero se encendió y la luz traspasó las nubes y las masas forestales. Hangsting, cegado, cerró los ojos, que protegió con ambas manos. La temperatura ambiente subió diez grados instantáneamente y el calor hizo arder las mejillas de las personas que se hallaban a la intemperie, mientras se desplazaban masas violentas de aire calientey una estrellarutilante se alejabaenlas alturas.

La intensidad luminosa cedió. Theo alzó la mirada y contempló el punto brillante que ascendía por encima de los altos cúmulonimbos.

Aquella estrella que en realidad era La Nodriza fue contemplada por muchos miles de personas. Para algunos, todoconsistió en un apagón inoportuno y en la visión de un punto luminoso que desaparecía en el infinito. Para otros —los más cándidos y creyentes— la estrella fue como un anuncio de la próxima Navidad.

La noche recuperó poco a poco su serenidad. Theo Hangsting se sintió embargado de una intensa paz cuando volvió al interior del motel. La luz había vuelto, la gente hacía vivos comentarios y Archie Hubbard se esforzaba en tranquilizar a los agentes federales de la

escolta presidencial.

—No ocurre nada fuera de lo normal. El Presidente ha querido gastarles una pequeña broma, eso es todo. En estos momentos, viaja en un jet hacia Washington. Podrán comprobarlo en el próximo boletín de la televisión…

EPILOGO

El Toyota descendía a velocidad discreta hacia el valle flanqueado de altos riscos nevados.

—Así que todo terminó —murmuró el profesor Curley.

—Sí, mi querido profesor —respondió Hangsting, a su lado en el asiento posterior—. Shelley ha declarado que sus agentes eliminaron a treinta terroristas y reconquistaron la Base Garfield Banks. Es mentira. Los agentes de la CIA fueron hallados, desvanecidos, en un hangar de la Base. Interrogados, confesaron que se habían escondido allí, asustados, cuando advirtieron un fortísimo resplandor en el cielo. Ninguno de ellos pudo ver lo que ocurría realmente, pues perdieron el conocimiento como consecuencia de unas vibraciones de alta frecuencia. El jefe de la base ha declarado que fueron víctimas de una intoxicación colectiva, de origen desconocido... Pero nada de esto trascenderá a los ciudadanos. En Washington, el Presidente ha aceptado de buena gana que el conflicto se resolviera gracias a su intervención personal. Parece que, efectivamente, se van a producir cambios positivos en la política exterior de nuestros gobernantes...

Tue lanzó una risita irónica. Y dijo:

—Primus sí hubiera sido un buen gobernante para este país. Pero él está ya lejos, cumpliendo su destino.

Detuvo suavemente el automóvil en el arcén. Bajó. Theo hizo lo propio. Y ambos se abrazaron con ansiedad.

-¡Theo...!

—¿Qué, amor mío?

—Por un momento... Por un momento temí...

—¿Qué temiste?

—Tú eres un hombre ávido por la noticia, ansioso por vivir experiencias insospechadas, audaz hasta el límite. Temí que te dejaras tentar por... por la posibilidad de desentrañar el enigma que rodea a Primus y a sus miles de congéneres. Llegué a pensar que eras capaz... de viajar con ellos en La Nodriza —susurró ella, temblorosa.

Hangsting besó los jugosos labios de Tue. Dentro del coche, el

profesor Curley apartó bruscamente la mirada y les dio la espalda.

Theo prorrumpió en una carcajada festiva.

—¿Viajar hacia el infinito? —exclamó, incrédulo—. No me atrae demasiado, puedes creerlo, querida mía. Prefiero tener ami alcance algomásconcreto.Tú,porejemplo.

Volvieron a besarse tiernamente, alegres de sentirse juntos y próximos a las cosas cotidianas. Un autobús lleno de ruidosos escolares en vacaciones cruzó junto a ellos, dejando tras de sí un eco de voces y risas.

Corría un vientecillo sutil, muy frío, y volvieron al cálido habitáculo del coche. Tue cedió a Theo su puesto ante el volante y descendieron a pequeña velocidad la pronunciada pendiente, recreándose en la contemplación del bello panorama de los bosques y los picachos nevados.

ElprofesorCurleycarraspeóenelasientoposterior.

—¿Sí, papá? —se volvió la joven pelirroja apoyada en el respaldo de su asiento.

—Hmmm. Pues... Bien, ya veo que no puedo oponerme a lo vuestro —dijo—. ¿Qué piensa hacer, señor Hangsting? —inquirió ceremoniosamente.

—Casarme, por supuesto, profesor —confesó el periodista—. Con su hija, naturalmente.

Curley se encolerizó.

—¡No me refería a eso! —protestó—. ¿Qué va a hacer ahora con la documentación que posee? ¿Llenar las páginas del *Herald* con reportajes sensacionalistas?

Theo rió entre dientes.

—¿Una historia sobre alienígenas que son recogidos por una gran astronave, después de un rápido proceso de evolución? —exclamó, risueño—. ¿Quién creería tal cosa? Incluso si aportase documentos gráficos, el lector medio deduciría que se trata de fotografías trucadas. No, no quiero convencer a los incrédulos. Nosotros vivimos esta historia, nos asombramos, asumimos la verdad, y fuimos testigos de cada uno de sus episodios. Una experiencia que muy pocas personas

tuvieron oportunidad de vivir. Pero absolutamente extravagante para la mentalidad del ciudadano medio. Quizá… ¡Sí! Quizá escriba un libro, unos guiones para la televisión. La única forma de contar esta historia es a través de los medios convencionales. Probablemente, será un éxito. Y yo… yo me sentiría muy honrado contando con su asesoramiento científico. ¿Qué le parece, profesor Curley? —consultó Hangsting.

—Mmmm. No es mala idea. No del todo. Quizá… Lo pensaré —respondió titubeante. Poco después dormía apaciblemente con una sonrisa beatífica en su rostro de rasgos fuertes y bondadosos.

Tue y Theo escucharon un ronquido, lo miraron, sonrieron y se besaron fugazmente.

Delante estaba el camino que los devolvería a casa, ya próxima la Navidad. Detrás de ellos, el profesor Curley murmuraba entre dientes:

—Buen viaje, Primus…

FIN